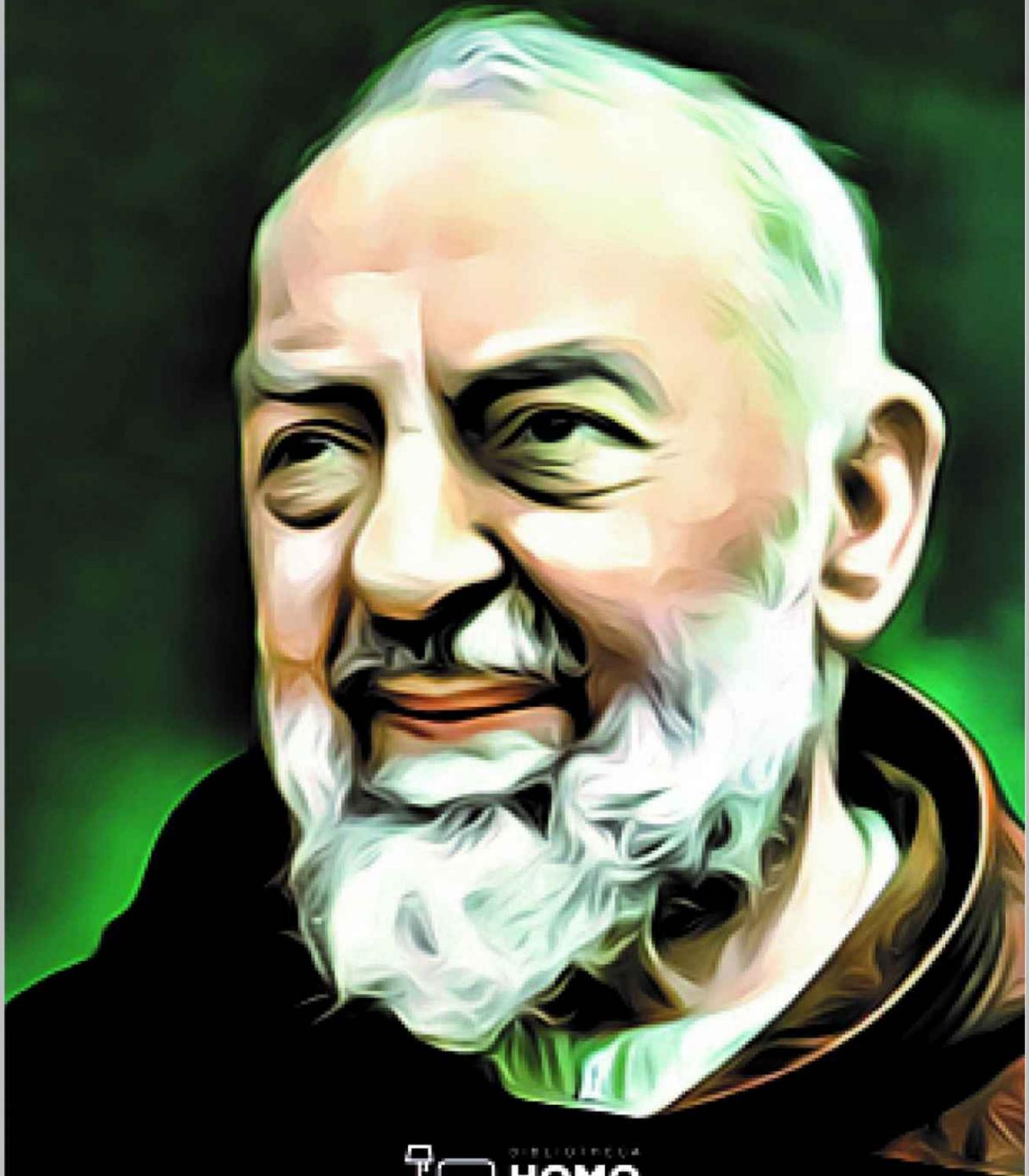


GABRIELE AMORTH

# PADRE PÍO

BREVE HISTORIA DE UN SANTO



GABRIELE AMORTH  
PADRE PÍO  
Breve historia de un santo  
Traducción de Teresa Chaves Montoya

ÍNDICE

Presentación

Ya era distinto

*La lucha contra el gigante*

Fraile franciscano

*En Pietrelcina*

Meta final: San Giovanni Rotondo

*El convento de Santa María de las Gracias*

Los estigmas

*“¿En conclusión, tenemos que creer o no  
al Padre Pío?”*

*Cuarenta años después*

De todo el mundo

*Mi primera visita*

A quien perdonar los pecados

*¿Cómo confesaba?*

La misa del Padre Pío

Una inmensa familia

*Los grupos de oración*

*Mejor que un fax*

El primer decenio de tribulaciones. 1923-1933

*La rehabilitación*

Una casa para los que sufren

El segundo decenio de tribulaciones. 1952-1962

*Sanciones disciplinarias*

El rostro de sus enemigos

Y sin embargo siguió ejerciendo su ministerio

*Servir al Señor con alegría*

*Un pobre fraile que reza*

*La Virgen de Fátima*

Un lento declive

Más vivo que nunca

*El proceso canónico*

A manera de apéndice

Fechas principales de la vida del Padre Pío

## PRESENTACIÓN

«Padre Amorth, ¿quiere escribir un libro sobre Padre Pío? Usted ha sido su amigo durante años, le ha conocido bien, puede escribir algún recuerdo personal que nadie conoce... puede ser breve, incluso sólo ciento cincuenta páginas...».

Soy sincero: para mí no era ningún esfuerzo. Me gustaba la idea de recorrer la vida de este amadísimo padre espiritual, al que visité durante veintiséis años, de 1942 a 1968; me gusta recordar mis encuentros con él.

No creo que diga nada nuevo, nada que no se haya dicho ya. Pero si puedo ayudar a dar a conocer a un gran santo, animando a leer otros libros sobre él y, sobre todo, sus escritos, con mucho gusto me pongo manos a la obra, aunque sé desde ahora que el resultado será modesto, demasiado desigual al personaje del que habla.

don Gabriele Amorth

## YA ERA DISTINTO

Los devotos del Padre Pío que, cada vez más numerosos, visitan Pietrelcina, a doce kilómetros de Benevento, se encuentran con un alegre pueblo situado a mitad de una colina, a 350 metros sobre el nivel del mar, con muchos edificios nuevos, calles bien mantenidas, con una calma acogedora. Sólo cuando uno se adentra en determinadas callejuelas se puede reconocer el pueblecito, lleno de pobreza, de hace un siglo, cuando el Padre Pío nació el 25 de mayo de 1887.

Las tres habitaciones de un bajo en Vico Storto Valle, que formaban lo que era su casa, aún dan la idea de la pobreza de sus padres, Grazio Forgione y Maria Giuseppa Di Nunzio.

Vida dura, entonces. Grazio, como muchos de sus paisanos, tuvo que ir a América en varias ocasiones para apañar lo necesario para su familia; la madre, Peppa, trabajaba todo el día, como todas las madres del pueblo. Ambos eran analfabetos, pero también tenían una gran fe y ese sentido común que el Señor concede a los pequeños. Tuvieron siete hijos, de los cuales cuatro murieron pronto.

No sabemos mucho sobre la infancia del Padre Pío. Sabemos, sin embargo, lo suficiente para comprender que era distinto a los demás; era un niño sobre el que el Señor demostró tener planes extraordinarios. Tal vez esto moleste a la mentalidad moderna, a la que le gusta ver en los santos a personas idénticas a nosotros, llenas de defectos, incluso con grandes dispersiones, que después siguen su camino ascendente. No olvidemos que los santos son, ante todo, una obra maestra de la gracia, aunque confiada a su libre correspondencia, por lo que a veces, además del ejemplo que nos dejan y que podemos imitar, debemos admirar el plan extraordinario de Dios sobre ellos, totalmente único e irrepetible. Dios tenía para el Padre Pío planes extraordinarios. No nos debe sorprender si una serie de hechos extraordinarios empezaron a prepararle desde la primera infancia.

Entrando en la sencilla iglesia de Santa Ana, se puede visitar el pequeño baptisterio en el que, al día siguiente de su nacimiento, el Padre Pío fue bautizado con el nombre de Francesco, nombre que se revelará profético por la elección de vida franciscana que este niño abrazó años más tarde.

De la niñez e infancia del pequeño Francesco sabemos que era muy obediente, por lo que los padres nunca tuvieron que pegarle; desde muy temprana edad demostró ser amante de la oración y absolutamente intolerante a las palabrotas y las blasfemias, por desgracia comunes entre sus jóvenes compañeros.

Un episodio curioso: cuando tenía diez años enfermó y tuvo que permanecer en cama durante un mes. Su madre había preparado una gran sartén de pimientos fritos y había salido de casa un momento. El pequeño enfermo se levantó de la cama y, uno tras otro, se comió todos los pimientos. Conclusión: ¡se curó!

El 27 de septiembre de 1899, cuando tenía doce años, Francesco recibió la confirmación, de nuevo en la iglesia de Santa Ana; quizás recibió también la Primera Comunión. Mientras tanto, para ayudar a su familia, pastoreaba algunas ovejas. Pero su

padre intuyó su inteligencia y su anhelo e hizo que estudiara. Con quince años estaba ya en el instituto de segunda enseñanza y había decidido, desde hacía tiempo, ser sacerdote. También había decidido entrar en el convento de “los frailes con barba”, porque era admirador del buen fray Camillo, un fraile con larga barba negra que iba de un lado a otro para la cuestación. ¿Cómo había madurado esta decisión? Aquí empezamos a adentrarnos en los caminos extraordinarios por los que el Señor guió al Padre Pío. Al amor y a la oración había añadido muy pronto el amor a la penitencia, hasta el punto que su madre lo sorprendió mientras se flagelaba. Pero lo que es muy especial desde los primeros años de vida y, concretamente, desde que tenía cuatro años, eran las visiones celestiales que tenía y su lucha contra el demonio, que a veces era visible de manera obsesiva y terrible.

Poco sabemos de estos hechos, ya que el pequeño Francesco, pensando que eran hechos habituales para todos, no hablaba de ellos. Las apariciones eran del ángel custodio, el Señor, la Virgen y muchos más. Los demonios generalmente aparecían bajo formas bestiales, horrorosas y amenazadoras. Este tormento, sensible también a los demonios y al consuelo de apariciones divinas, será una característica casi diaria para el Padre Pío, al menos hasta la aparición de los estigmas.

## ***LA LUCHA CONTRA EL GIGANTE***

Hay dos episodios a los que el Padre Pío siempre atribuyó gran importancia y sobre los que volvía a menudo con sus directores espirituales. Ambos sucedieron cuando el Padre Pío tenía unos quince años, es decir, poco antes de su entrada en los capuchinos en 1903. Son dos episodios de gran significado en la evolución de la vida del Padre.

Conocemos bien el primer episodio, porque el Padre Pío lo contó en varias ocasiones; en especial lo refirió por escrito a su director espiritual, el padre Agostino, y lo resumimos aquí a partir de este testimonio.

Se trata de una visión. El joven se vio junto a un hombre resplandeciente, hermosísimo, que le invitó: «Ven conmigo, porque te conviene combatir como un guerrero valeroso». Le acompañó a un campo vastísimo, en el que se encontró en medio de dos grupos de personas: uno estaba formado por hombres muy hermosos, con cándidos vestidos; el otro por personas de aspecto espantoso, vestidos de negro, y que parecían sombras oscuras. Al instante, Francesco vio venir hacia él a un hombre horroroso, tan alto que su frente tocaba las nubes.

El personaje resplandeciente exhortó al muchacho a combatir contra ese gigante. Francesco le pidió que le evitara ese enfrentamiento, pero el otro respondió: «Vana es tu resistencia; tienes que pelearte con él. Ánimo, entra en la lucha con confianza y combate con valentía. Yo estaré cerca de ti, te ayudaré y no permitiré que te derrote».

El choque fue terrible, pero gracias a la ayuda del personaje resplandeciente, el gigante fue derrotado y tuvo que huir; detrás de él arrastró a esa multitud de hombres horrorosos, que huyeron lanzando alaridos, maldiciones y gritos atronadores. La otra

multitud, en cambio, dirigía voces de júbilo y alabanza al resplandeciente personaje que había ayudado a Francesco en la desigual lucha. Fue entonces cuando ese personaje puso sobre su cabeza una corona de indescriptible hermosura. Después se la quitó y le dijo: «Tengo reservada para ti otra corona más hermosa si sabes luchar contra ese gigante. Él seguirá asaltándote, pero tú combate sin miedo, porque yo estaré siempre a tu lado para que consigas derrotarle».

Toda la vida del Padre Pío fue una lucha continua contra el demonio, que le asaltaba e intentaba impedir que salvara almas. A veces fue una lucha interior; otras, un ataque externo. Y cuando el Padre, agotado, lleno de moretones y de golpes, era socorrido por sus hermanos, solía confesar: «Gracias a la ayuda celestial, siempre gano yo». Este episodio siempre ha sido una anticipación muy significativa de la vida del Padre Pío.

Hay un segundo episodio, no menos importante, que tuvo lugar poco tiempo después, pero siempre antes de que el joven Francesco entrara en los capuchinos. Es difícil hablar de él porque en este caso el Padre siempre fue reacio a narrarlo. En múltiples ocasiones dijo y escribió lo esencial, es decir, que le había sido reservada «una altísima misión». Nunca quiso concretar nada más. «Una altísima misión que sólo Tú y yo conocemos», escribió en una oración personal. Es fácil pensar que le fue revelado algo relacionado con su futuro apostolado. Lo deduzco de algunos signos; por ejemplo, la gran insistencia con la que pidió a los superiores que le admitieran al ministerio de la confesión.

Nosotros, dada la evolución de su vida y la benéfica influencia que ejerció a nivel mundial, podemos decir que realizó «una altísima misión». Pero no sabemos nada más sobre la revelación que tuvo siendo un muchacho.

Son dos visiones que marcaron profundamente la vida del Padre Pío. En sus luchas contra Satanás siempre revivió su combate contra ese gigante. Y siempre tendrá presente la «altísima misión» que el Señor le mostró, que será un recuerdo que le sostendrá en las duras batallas de su larga vida, tanto a causa de los atroces sufrimientos –como el causado por los estigmas–, como cuando fue objeto de las calumnias y las sanciones canónicas: ofrecerá todo al Señor como complemento de esa misión. Este será el secreto de su perenne serenidad. Realismo y esperanza. Esto es lo que escribía a dos hijas espirituales, Maria Garzani y Raffaella Cerase:

*«No temas el arreciar de las tormentas, ya que la nave de tu espíritu nunca se hundirá. Los cielos y la tierra pasarán, pero la Palabra de Dios que nos garantiza que quien obedece cantará victoria no pasará, permanecerá siempre escrita en caracteres indelebles en el libro de la vida: Yo subsistiré siempre» (Ep. III).*

*«Somos conscientes de que la tierra es un lugar de combate y que en el paraíso se recibirá la corona; que este es un lugar de prueba y que el premio se recibe allí arriba; que aquí estamos en tierra de exilio y que nuestra verdadera patria es el cielo y es a lo que tenemos que aspirar siempre. Vivamos, por tanto, con fe viva, esperanza firme y afecto ardiente mientras seamos caminantes para poder*

*vivir un día, cuando Dios quiera, con la persona» (Ep. II).*

## FRAILE FRANCISCANO

El 6 de enero de 1903, con dieciséis años, Francesco dejó su casa, con gran dolor de corazón por parte de su madre y suya, y entró en el noviciado de Morcone, no muy distante de Pietrelcina. En el pasado había sufrido, en dos ocasiones, calumnias injustas. Aludo a ellas sólo porque el Padre Pío fue siempre de una pureza íntegra, que hizo que su director espiritual testimoniara: «Estoy convencido de que nunca cometió el más mínimo pecado venial contra esta virtud»; pues bien, el Padre Pío tuvo que soportar en varias ocasiones de su vida acusaciones infamantes, que fueron el inicio de investigaciones humillantes. Sin embargo, siempre se consiguió arrojar luz sobre la verdad de los hechos.

Ya en los primeros años de escuela, por la broma de mal gusto de un compañero, fue acusado de haberse prendado de una niña. El resultado fue que el maestro le pegó en clase, delante de sus compañeros. Cuando se supo la verdad, ese pobre maestro no se daba paz por haber cometido esa injusticia. Asimismo, poco antes de entrar en el noviciado, una muchacha le puso un billete en el bolsillo sin que él se diera cuenta, una nota de amor, e hizo que la cosa se supiera y que se hallara la nota. Esta vez quien resultó engañado fue el párroco, que le reservó a Francesco un trato de frialdad absoluta, prohibiéndole que realizara sus tareas de monaguillo.

Para él fue un golpe muy duro, se sentía excluido siendo inocente. Fue una pequeña prueba de un castigo futuro mucho más grave e injusto, cuando sería suspendido de celebrar la misa en público y de la facultad de confesar. También en esa ocasión se supo la verdad, porque la culpable confesó su engaño.

El párroco, mortificado por haber caído en el ardid de una adolescente y por haber castigado a su pupilo (sentía un gran cariño por Francesco) hizo todo lo que pudo para enmendar su error: declaró enseguida, para compensarle, que le haría gratis los documentos para entrar en el noviciado.

Además del dolor de separarse de su familia y de irse de su pueblo, no le faltaron al aspirante a novicio luchas internas: tuvo una «visión intelectual» por medio de la cual comprendió que su vida sería una lucha continua con ese gigante, al que había conocido en aquella visión. Y tuvo también muy claro que ese paso era el inicio de la altísima misión a la que le llamaba Dios.

Unos días después de haber entrado en el noviciado, el 22 de enero, se revistió con el hábito franciscano y se le impulso el nombre de fray Pío de Pietrelcina. A partir de ese momento, Francesco desapareció, sólo quedó Pío. Francesco desapareció hasta tal punto que un día, los *carabinieri*, por motivos de alistamiento, buscaron a un tal Francesco Forgione: nadie le conocía. Pero en compensación, Francesco, el de Asís, había entrado plenamente en fray Pío de Pietrelcina, con su amor a Cristo, a sus hermanos, sobre todo si estaban enfermos en al alma o en el cuerpo, con su amor a la pobreza. Y había entrado también con una semejanza sensible, los estigmas, que harán de Padre Pío una copia aún mayor de san Francisco.

Los comienzos de la vida religiosa del Padre Pío no fueron brillantes. Su

comportamiento, su obediencia, su jovialidad con sus compañeros eran óptimas. Sin embargo, siempre fue una persona con una salud quebradiza y sus resultados en los estudios tuvieron aspectos extraños. Digamos que, en conjunto, eran más que suficientes, pero nunca brillantes. Pero el aspecto más raro era este: sus compañeros recuerdan que, cuando le preguntaban en clase, siempre se sabía la lección. Y testifican que nadie nunca le vio estudiar. También durante los años de teología, quien entraba en su celda lo descubría en oración. No es que no consiguiera estudiar, pero en cuanto abría un libro, enseguida se quedaba absorto en el pensamiento de Dios, pensamiento que era constante.

Es inútil buscar otros motivos: el Padre Pío vivía para rezar, la oración era su respiración, su vida. Ya antes de entrar en el convento estaba siempre absorto en Dios, y así seguirá estando, incluso cuando hablaba con personas o hacía otras tareas, y todo sin distraerse, porque conseguía escuchar lo que las personas le contaban mientras llevaba a cabo sus tareas. Su oración era ininterrumpida y no le distraía de sus otros deberes. Con el paso del tiempo, los problemas de salud se agravaron tanto que los médicos, vista la inutilidad de las curas, aconsejaron que el fraile fuera enviado a Pietrelcina, donde confiaban en los saludables beneficios del aire de su pueblo natal. Y no hay duda de que el aire de su pueblo era beneficioso, pero también se puso en evidencia una extraña enfermedad que nunca nadie consiguió explicar y que fue un verdadero rompecabezas para el propio Padre Pío y para sus superiores. Sucedió lo siguiente: en Pietrelcina, el Padre Pío, aunque débil de salud, conseguía comer algo y mantenerse; en cuanto salía de su pueblo e iba a otro lugar, parecía que su estómago rechazaba el alimento y vomitaba todo sin poder ni siquiera mantener una cucharada de agua. Por ello, sus superiores se sentían obligados a hacerle volver a su pueblo donde, en cuanto entraba, las molestias cesaban.

## ***EN PIETRELCINA***

Este fue el motivo de que el Padre Pío pasara siete años en Pietrelcina, de 1909 a 1916, con un continuo ir y venir de un convento a otro, con la esperanza de poder quedarse, pero inútilmente. En cuanto estaba un poco mejor, los superiores se precipitaban y lo destinaban a un convento, pero enseguida empezaba esa molestia en el estómago, por lo que el superior local se veía obligado a enviarle de nuevo a su pueblo. Podemos imaginar el disgusto del Padre Pío, que aspiraba con todas sus fuerzas a vivir la vida conventual, y se veía siempre obligado a dejarla. Añadamos también el disgusto de los superiores, que no sabían adónde destinar a este fraile, que enfermaba en cualquier lugar al que le enviaran.

¿Tenía acaso que abandonar la vida franciscana y ser sacerdote diocesano? Alguien le dio este doloroso consejo y hubo un momento en el que parecía que también los superiores del Padre Pío eran de este parecer. Pero precisamente en ese momento un rescripto de la Congregación para los Religiosos autorizó al fraile capuchino a vivir

fuera del convento, aunque manteniendo el hábito y la plena pertenencia.

Mientras tanto, ¿cómo era la vida del padre? Mucha oración y continua meditación sobre la Pasión del Señor, que le arrancaba tantas lágrimas que se le debilitó la vista. Siguió con su recorrido teológico y el 10 de agosto de 1910 fue ordenado sacerdote en la catedral de Benevento. Fue una etapa decisiva de su vida, porque a partir de ese momento empezó lo que podemos llamar, sin exagerar, «el misterio de la misa del Padre Pío». Misterio que, en esos primeros tiempos, era conocido por pocos y en el que participaron poquísimos.

De hecho, la vida del Padre Pío siguió adelante, durante otros seis años, en el retiro de Pietrelcina, aunque con breves interrupciones debido al intento de volver a entrar en algún convento. Además, para acercarse mejor al misterio de esa misa, el Padre Pío, el mismo año de su ordenación, el 1910, se había ofrecido «víctima por los pecadores y por las pobres almas del Purgatorio». Pocos conocen el inmenso valor y el enorme riesgo que comporta ofrecerse como víctima. Hemos sido salvados por el sacrificio de Cristo, al que todos debemos dar nuestra aportación con el sacrificio personal. Pero quien se ofrece como víctima acepta participar verdaderamente en dicho sacrificio de manera heroica y, a menudo, paga su generosidad con grandes sufrimientos para los que no existe remedio humano. Por eso se pide a los fieles que no se comprometan de este modo como no sea bajo la guía de un buen director espiritual. Y se pide a los directores espirituales la máxima prudencia antes de permitir la práctica de estos votos.

No sabemos mucho de este periodo de la vida del Padre Pío. Podemos decir que en Pietrelcina, además de su casa, tenía tres centros entre los que dividía su tiempo. El primero era la pequeña iglesia de Santa Ana. Aquí celebraba la misa, que podía durar cuatro horas, motivo por el que muchos la evitaban. Era el lugar más frecuentado por el Padre Pío y tiene algo que no conseguimos comprender. Más adelante hablaremos de las misas del Padre Pío, a las que acudían gente de todo el mundo para participar en ellas. Pero en esos primeros años sucedía todo lo contrario.

Don Giuseppe Orlando, que participó en las misas del padre en varias ocasiones, nos dice con pocas palabras: «Su santa misa era un misterio incomprensible». A la luz de lo que después hemos visto, podemos afirmar que, desde su ordenación sacerdotal, la misa del Padre Pío era verdaderamente un revivir la Pasión de Cristo. En Pietrelcina hay otros dos centros en los que el padre transcurría sus horas y que hoy son meta de peregrinación para sus devotos. Al final de la Salita<sup>1</sup> Castello está la vieja «torrecilla». Esta puede testimoniar las orantes soledades de este hombre, todo oración, todo unión con su Señor. Otro centro no menos importante, es un olmo, en la colina de Piana Romana, a una cierta distancia de la casa de la familia Forgione. En este lugar el pequeño Francesco se refugiaba para rezar y estudiar cuando era un muchacho, bajo la sombra de ese árbol. Y, ya sacerdote, pasaba allí tantas horas de oración y de meditación sobre la Pasión del Señor, que sus familiares, sabiendo que le agradaría, le construyeron un cobertizo con un jergón de paja, para que pudiera pasar la noche durante el verano.

Sólo después de la publicación de las cartas del Padre Pío a sus directores espirituales (al padre Benedetto hasta 1922 y, después, al padre Agostino) supimos algo

de cómo transcurría el padre sus jornadas y sus noches: oración continua, lucha con los demonios, apariciones o iluminaciones interiores. A los sufrimientos causados por una salud maltrecha y las luchas con el demonio, se añadieron otros que el Señor mandó a su siervo para que pudiera llevar a cabo su misión de santificador de las almas.

Desde 1910, mientras rezaba bajo el olmo, el Padre Pío tuvo los estigmas invisibles. En recuerdo de este hecho, en ese lugar se construyó una capilla. Sufrió a menudo la perforación de su corazón y casi una vez a la semana era sometido a la flagelación y a la coronación de espinas. Si durante su infancia y adolescencia y, más aún, en los años de preparación al sacerdocio, su meditación constante era la Pasión del Señor, que le hacía derramar abundantes lágrimas, ahora ya no se trataba sólo de meditar los sufrimientos de Cristo, sino de vivirlos en su carne. ¡Y era sólo el principio!

Podemos así concluir esta fase de su vida, que podríamos llamar «los siete años de Pietrelcina». Cuando entró en los franciscanos, en 1903, una voz clara le había dicho: «Santificate y santifica». El dolor de tener que vivir fuera del convento estaba mitigado por el hecho de sentirse aprobado por los superiores y canónicamente en regla, gracias al rescripto de la Congregación para los Religiosos, que le permitía estar en Pietrelcina. Siempre pudo celebrar la misa en la pequeña iglesia de Santa Ana, aunque el debilitamiento de la vista era tan importante que se le permitió celebrar la misa de la Virgen o la misa de los difuntos; es decir, la memoria sustituía prácticamente al esfuerzo de tener que leer. Fueron años caracterizados por una cotidianidad que se alternaba entre vejaciones diabólicas y dulcísimos éxtasis. Todo esto duró hasta el 17 de febrero de 1916.

<sup>1</sup> Cuesta. [N. d. T.]

## **META FINAL: SAN GIOVANNI ROTONDO**

El Padre Pío obtuvo tarde la facultad de confesar, que en general es acordada poco después de la ordenación sacerdotal, tal vez mediante un examen previo de teología moral. Desde Pietrelcina dirigía espiritualmente por correspondencia a algunas personas que le habían sido confiadas. También la dirección espiritual por carta será una de las características del padre. Entre otras, dirigía espiritualmente a una señora anciana y soltera de Foggia, muy buena, una verdadera alma elegida, Raffaellina Cerase. Cuando enfermó gravemente, insistió a los capuchinos de Foggia, a los que conocía bien, para que pudiera cumplir su deseo de conocer personalmente al Padre Pío antes de morir.

Era un deseo muy comprensible, era la petición de un gran acto de caridad. Además podía ser la ocasión, tan deseada por los superiores, de hacer salir al Padre Pío de su aislamiento en Pietrelcina.

Tanto el director espiritual como el superior provincial estuvieron de acuerdo en solicitar al padre esta visita a Foggia –parecía que se trataba de una visita pasajera– para asistir a la agonizante.

Fue así como el Padre Pío (que estaba atravesando en ese momento un periodo de tremenda aridez, de verdadera noche del espíritu), hizo un esfuerzo y emprendió el viaje hacia Foggia. Una vez alojado en ese pobrísimo convento, se dedicó a asistir a la enferma que expiró santamente el 25 de marzo, Festividad de la Anunciación. En el convento de Santa Ana, como se llamaba esa comunidad capuchina, el Padre Pío ya no sufrió de ese grave trastorno del vómito que le impedía cualquier tipo de alimentación, por lo que se quedó allí, feliz de vivir en comunidad y de compartir la gran pobreza de sus hermanos.

La permanencia del Padre Pío en Santa Ana no fue ciertamente pacífica. Aunque su presencia era bienvenida por sus hermanos, al ser un sacerdote tan dedicado a la oración y, a la vez, alegre y encantador en el tiempo de ocio, sucedieron hechos que causaron una gran confusión. A menudo, sobre todo por la noche, se oían ruidos y detonaciones de tal magnitud que aterrorizaban a esos pobres frailes. El Padre Pío pidió perdón a su superior y le dio la siguiente explicación: el demonio le tentaba de todas las maneras posibles, él luchaba y siempre le derrotaba. Pero se quedaba agotado y tan sudado que los hermanos tenían que ayudarlo a cambiarse. Sin embargo, él permanecía sereno e intentaba transmitirles a todos su serenidad.

Tenemos que añadir que su presencia no pasó inadvertida a la gente. Inmediatamente le buscaron como confesor y director espiritual, por lo que poco a poco aumentó el flujo de fieles al convento.

El 28 de julio sucedió un hecho nuevo, que podría haber sido insignificante y, en cambio, tuvo una importancia decisiva. El superior del convento de San Giovanni Rotondo pasó por Foggia y, viendo al Padre Pío sufriendo a causa del gran calor que hacía, le pidió que se fuera con él a San Giovanni durante unos días. El Padre Pío aceptó de buena gana. No pensaba que en San Giovanni pasaría cincuenta y dos años de su vida.

## ***EL CONVENTO DE SANTA MARÍA DE LAS GRACIAS***

En 1916, San Giovanni no era un lugar atractivo. Era un pueblo pequeño, pobrísimo, como muchos de los pueblos que, con pocos miles de habitantes, están situados en lugares remotos del sur de Italia. Aislado por la falta de calles, no había luz eléctrica, ni agua, ni saneamiento. A dos kilómetros del pueblo, un camino de herradura en cuesta llevaba al convento de los capuchinos, situado a 600 metros sobre el nivel del mar. Era un convento miserable y más miserable aún era el paisaje que lo rodeaba: colinas de rocas y piedras, de las que surgían matorrales salvajes. La única cosa hermosa, en la pequeña iglesia toda ella hecha con bóvedas y arcos, era la Virgen de las Gracias, que dominaba el centro del altar mayor y que había dado el nombre a la iglesia y al convento.

Aquí llegó el Padre Pío el 28 de julio de 1916, acompañado por el padre superior, casi como si fuera una excursión de un día para huir de la canícula de Foggia. Efectivamente, el padre saboreó enseguida el aire puro y fue él mismo quien le pidió al superior permiso para prolongar su estancia. Se sintió aliviado físicamente, pero había otras razones que le dijo Jesús. Es difícil saber si le fue revelado de inmediato que iba a transcurrir en ese lugar el resto de su vida; ciertamente le fue revelado que era el lugar de su apostolado.

Él estaba contento y los frailes estaban contentos con él. Pero había alguien a quien esta situación no le gustaba. En su intimidad fue sometido a una lucha tremenda. Se sentía «expuesto a la furia de Satanás» que, sin duda, no quería verle viviendo en ese lugar. Se sentía asaltado por tentaciones tan fuertes contra la fe que escribió: «¡Qué misterio soy yo para mí mismo!». Tan seguro en su acompañamiento y guía de las almas, siempre se sintió débil e inseguro respecto a su persona.

No fue sólo el maligno quien molestó al Padre Pío en la quietud aparente de San Giovanni. Estaba en marcha la Gran Guerra. También el padre fue llamado a filas y hasta el 16 de marzo de 1918 su vida fue una sucesión de viajes, de idas y venidas, de visitas médicas y de permisos por convalecencia. Tenía fiebres altísimas, que parecían querer reventar el termómetro: con un termómetro de baño vieron que superaba los 48 grados de fiebre. Tenía síntomas extraños que los médicos, en crisis, reconocían no comprender.

Para él fue un periodo muy duro por los esfuerzos físicos a los que fue sometido, pero aún más por el lenguaje y el comportamiento de sus conmitones y, sobre todo, por la frecuente imposibilidad de celebrar la santa misa. En compensación, conoció mejor ese mundo por el que se sentía impulsado a sacrificarse.

En el convento le confiaron una tarea especial: era director espiritual de los frailecillos, o colegiales, confiados a los frailes. El Padre Pío se dedicó a ellos totalmente: les confesaba y les impartía breves conferencias espirituales. Y, sobre todo, rezaba por ellos, luchaba a su favor contra el demonio y, conforme a su total generosidad, se ofrecía al Señor como víctima por ellos. Pero pronto empezó para el fraile otra tarea. Empezaron a afluir a su confesionario cada vez más personas, tantas que al cabo de poco tiempo confesar le ocupaba toda la mañana. Confesaba y hacía dirección

espiritual, también por carta.

No sólo el demonio le atormentaba. El Señor tenía para ese fraile un plan muy especial y no le escatimaba dulzuras espirituales y profundas, preparándole también a convertirse en un signo visible de su imagen. Del 5 al 7 de agosto de 1918, el Padre Pío sufrió casi ininterrumpidamente ese fenómeno místico que se llama transverberación.

El 9 de agosto de 1912 ya le escribía así al padre Agostino:

*«Siento, padre mío, que el amor me vencerá al final; el alma corre el riesgo de separarse del cuerpo debido a que no puede amar suficientemente a Jesús en la tierra. Sí, el alma mía está herida de amor por Jesús, estoy enfermo de amor, siento continuamente la amarga pena de ese ardor que quema y no consume. Le ruego me sugiera, si puede, el remedio para el actual estado de mi alma. He aquí una lánguida imagen de lo que Jesús obra en mí. Del mismo modo que un torrente arrastra consigo a la profundidad de los mares todo lo que encuentra en su recorrido, así mi alma se ha hundido en el océano sin orillas del amor de Jesús, sin mérito alguno por mi parte y sin dar razón de él, arrastrando tras de sí todos sus tesoros».*

Y el 12 de agosto del mismo año:

*«Estaba en la iglesia para dar gracias por la misa, cuando de repente sentí que un dardo de fuego hería mi corazón, tan vivo y tan ardiente que creí morir. Me faltan las palabras para haceros comprender la intensidad de esta llama, de hecho no puedo expresarlo. ¿Me cree? El alma, víctima de estas consolaciones, se queda muda. Parece como si una fuerza invisible me sumergiera totalmente en en fuego... Dios mío, ¡qué fuego! Un segundo más y mi alma se separaría del cuerpo... Se hubiera ido con Jesús» (Ep. I).*

Era como si un personaje celeste, con una larga hoja de hierro bien afilada, le atravesara el corazón con golpes continuos. A partir de ese momento, el padre sintió esa herida siempre abierta y sangrante, que nunca cicatrizó.

## LOS ESTIGMAS

Los primeros meses de 1918 fueron muy tristes. La guerra y la «española»<sup>2</sup> habían causado estragos entre la población y los conventos. No puedo no recordar, entre las víctimas de esa epidemia, a dos de los tres videntes de Fátima, Francisco y Jacinta. El convento de Santa María de las Gracias estaba reducido a tres frailes: el padre Paolino, el superior, fray Nicola, el responsable de la cuestación y el Padre Pío, que también agarró la «española» pero, gracias a Dios, de forma leve; aun así tuvo que permanecer en cama del 5 al 17 de septiembre. En el convento vivía también el pequeño grupo de colegiales.

La mañana del viernes 20 de septiembre, fiesta de los estigmas de San Francisco, después de la misa, el Padre Pío estaba rezando solo en el coro. Casi sin darse cuenta le sobrevino un dulce sueño, acompañado por un sentimiento total de paz. De repente, se le presentó ese crucifijo que tenía delante de él y que sigue todavía allí, en la balaustrada del pequeño coro.

Pero en esa ocasión el crucificado tenía los rasgos de ese mismo personaje celeste que el 5 de agosto había transverberado su corazón. Había una diferencia: esta vez, de las manos, los pies y el corazón del personaje manaba abundante sangre. Desapareció inmediatamente. El Padre Pío, que se había quedado aterrorizado ante esa visión, se sintió desgarrado en esas mismas partes: manos, pies y corazón; sintió que estaban traspasados y se dio cuenta que de ellos manaba mucha sangre. Se arrastró de rodillas hasta su celda, donde intentó vendarse lo mejor que pudo sus heridas.

Escribió a su director espiritual describiendo los sentimientos que le atravesaron: tormento, condena, humillación, confusión. No se daba paz, no sabía cómo comportarse con sus hermanos, con los demás. En vano suplicó al Señor con todas sus fuerzas: *«Déjame el dolor, auméntalo si puedes, pero quítame las llagas visibles. ¡Concédeme la gracia de que no se vean!»*. Se sentía oprimido por una confusión insoportable. Vivió «días horribles y tristes», sentía que era, ante Dios, «un monstruo repulsivo y odioso». Y, sin embargo, a pesar de estas súplicas y lágrimas, nunca se echó hacia atrás de su *fiat*.

Como puede verse, no son sentimientos de una persona que ha pedido los estigmas y, menos aún, de una persona que se los ha causado de manera artificial. Lo decimos enseguida porque esta será la primera sospecha y la primera acusación.

A pesar de todos los esfuerzos que hacía para esconder lo que le había sucedido, el superior, padre Paolino, vio claramente las llagas, ¡habría tenido que ser ciego para no verlas!, y avisó al padre provincial, que inmediatamente recomendó silencio absoluto sobre el hecho. Pero, ¿cómo se podía esconder un hecho tan evidente? Las manos cubiertas por mitones, de las que a veces salía un hilo de sangre y que, de todas maneras, estaban descubiertas durante la celebración de la misa; el modo de caminar lento, con dificultad; el rostro que reflejaba un dolor mayor de lo normal... la gente no es estúpida.

Se observaron las marcas, el hecho se transmitió de boca en boca. En poco tiempo, la noticia se extendió como la pólvora. La prensa de Nápoles, de Italia, del mundo no tardó en dar noticia de ello.

Para el padre empezó el calvario de las visitas médicas. El prof. Luigi Romanelli

examinó cuidadosamente las llagas cinco veces, hizo una descripción detallada y concluyó que «científicamente eran absolutamente inexplicables».

El prof. Bignami se empeñó en demostrar a toda costa que se trataba de un hecho que tenía una explicación humana y que era pasajero. Sometió al Padre Pío a un tratamiento cicatrizante durante ocho días, bajo la rígida vigilancia de cuatro frailes que tenían que sellar, cada vez, el vendaje. El médico estaba seguro de que al final del tratamiento las llagas se habrían cicatrizado.

Lo que sucedió, en cambio, es que cuando se quitó el vendaje definitivo al cabo de los ocho días, las heridas estaban más abiertas y sangrantes que nunca.

Le tocó entonces el turno al Dr. Giorgio Festa, siempre por encargo de los superiores capuchinos, que le imponían al padre, por obediencia, que debía someterse a estas visitas y curas. Inútil decir que también el Dr. Festa no sólo constató y declaró que las llagas eran científicamente inexplicables, sino que se convirtió en un acérrimo defensor del Padre Pío.

Mientras tanto, el padre, sin preocuparse de los estudios médicos y la confusión de los periodistas, seguía celebrando sus largas misas, confesando y dirigiendo espiritualmente a las almas directamente o por escrito. Guardaba dentro de sí el dolor y la humillación, intentando esconder, más que nunca, las heridas y el dolor que le causaban.

Desde la primera vez que fui a verle, oí de boca de una persona que pasaba meses enteros al lado del Padre Pío: «No te dejes engañar. El padre tiene sufrimientos atroces por los estigmas, pero es un verdadero artista escondiéndolos».

Permítanme que me conceda ahora un recuerdo personal en relación con los estigmas del Padre Pío, de este padre que sufría y salvaba a las almas, pero al que siempre se le opusieron, aunque de buena fe (para protegerle, para evitar fanatismos, etc.), las autoridades capuchinas y eclesiásticas. Doy un salto hacia adelante, hasta el año 1958. Estábamos en pleno segundo decenio de la persecución tremenda a la que fue sometido el Padre Pío. Los superiores capuchinos prohibían a sus fieles que visitaran al padre. También las autoridades eclesiásticas miraban de mala manera al padre, atacando incluso con medidas disciplinarias a quienes organizaban visitas a San Giovanni Rotondo. La gente estaba desconcertada: si el Señor le había concedido al Padre Pío ese signo visible de la Pasión, ¿no era una invitación abierta a ir hacia él como modelo de imitación de Cristo?

En esos años escribía todas las semanas en *Famiglia Cristiana*. El director, mi hermano de congregación don Zilli, sabía que visitaba asiduamente al Padre Pío. Me dijo: «Ha llegado el momento de hablar claro. Escribe un artículo equilibrado y bien fundamentado. Lo publico en las primeras dos páginas, las más leídas y significativas de la revista».

Así escribí mi artículo, que fue publicado el 23 de noviembre de 1958, con un título provocador: «En conclusión, ¿tenemos que creer o no al Padre Pío?». Decididamente, fue un artículo contracorriente. No hago referencia a él por el gran eco que tuvo entonces, sino por otro motivo, mucho más importante, que diré al final. (Un inciso: mi

escrito respondía a una pregunta de un lector, desconcertado por el hecho de que su coadjutor considerara que todo lo relacionado con el Padre Pío era un montaje. Además, afirmaba que el Papa Pío XI se había pronunciado en contra. El lector también preguntaba si existían criterios sobre los que regularse). He aquí el artículo.

**«EN CONCLUSIÓN, ¿TENEMOS QUE CREER O NO AL PADRE PÍO?»**

«En principio, no se puede negar la posibilidad de los estigmas. En la historia de la Iglesia, unas 349 personas los han tenido, ochenta de las cuales han sido canonizadas, por lo que no hay duda sobre la bondad y sinceridad de los sujetos. Algunos intentan comprender por qué Dios manda estas llagas, cuál es su significado. Probablemente para recordar a los hombres el valor redentor del dolor, invitándoles a meditar sobre la Pasión del Salvador. Pero no se puede negar que, en el sujeto que los lleva, pueden indicar una adaptación más plena a la imagen de Jesús. Tal vez este aspecto, que es claro para nosotros, se le escapa al Padre Pío, para el que los estigmas son algo que no le pertenecen, no hacen referencia a él, sino que valen sólo para recordar las llagas del Señor. Por esto deja que las besen, como dejaría besar una imagen sagrada. Diría que él mismo las venera.

En realidad, son una imagen del Crucificado no esculpida en madera o pintada en tela, sino grabada en su carne viva.

La Iglesia se ha pronunciado abiertamente por la verdad histórica y el carácter sobrenatural de los estigmas de san Francisco, que fue el primero en recibir de Dios este sello de dolor y conformidad a Jesucristo.

Después se han ido detallando cada vez más, sobre todo en estos últimos tiempos, los criterios según los cuales es posible reconocer la presencia de estigmas verdaderos, es decir, de carácter sobrenatural. En teoría, los principios son claros; pero en la práctica, ya se sabe, hay que proceder con cautela en esta materia al aplicarlos, sobre todo cuando se trata de una persona viva.

A pesar de todo ello, creemos que en lo que concierne al Padre Pío, se puede dar una opinión. Otros ilustres teólogos ya nos han precedido en esto: todos nos damos cuenta claramente de que no se trata de un “recién llegado”, del que sería legítimo desconfiar. Se trata, en cambio, de una persona muy conocida, extremadamente controlada, que tiene setenta y un años (el Padre Pío nació el 25 de mayo de 1887) y tiene los estigmas desde hace más de cuarenta años. Por lo tanto, hay ya una prueba del tiempo que, aunque no es definitiva, legítima un juicio a título personal.

Es indiscutible que el Padre Pío tiene los estigmas, hay pruebas médicas que lo garantizan y han sido publicadas. Es una verdad que se puede verificar en cualquier momento. Veamos más bien si podemos considerar que el origen de tales llagas es sobrenatural. Los criterios en los que basarse son cinco:

1 - Los estigmas deben ser siempre llagas, modificaciones importantes de los tejidos y localizadas en los lugares de las llagas de Cristo (aproximadamente: al tratarse de llagas místicas no importa si, en lo que respecta a los detalles secundarios, reflejan la verdad histórica o la creencia común; por lo tanto, no importa si las llagas están en el

pulso o en la palma de la mano, si la herida del costado está a la derecha o a la izquierda). En cambio, las llagas naturales se sitúan indiferentemente en cualquier parte del cuerpo.

2 - Deben aparecer al instante. En general causan un dolor más agudo los días que recuerdan la Pasión del Señor, como los viernes y durante la Semana Santa. En cambio, el dolor de las llagas naturales varía con las condiciones atmosféricas y no respeta en absoluto el calendario litúrgico.

3 - En los estigmas verdaderos no hay supuración, no hay putrefacción, ni olor fétido, etc. En las lesiones naturales, por el contrario, si no se desinfectan, dan origen a supuración y pueden degenerar en gangrena.

4 - Los estigmas están acompañados de hemorragias continuas. No es así en las otras llagas.

5 - Los estigmas persisten de manera inalterable, a pesar de los cuidados médicos: no cambian ni debido a los tratamientos terapéuticos ni por sugestión. Duran muchísimos años. Las otras llagas, si se medican, cicatrizan.

Las llagas del Padre Pío responden a todos estos requisitos.

Es verdad que varios médicos racionalistas han intentado demostrar por vías naturales (sugestión, histeria, fijación, etc.) el origen de los estigmas. Pero son los mismos que niegan, deliberadamente, la existencia de hechos sobrenaturales: sus argumentos no se sostienen científicamente. Mucho más que si se trataran de formas patológicas, los sujetos deberían demostrar de muchas maneras que son histéricos o anormales (como sucede cuando se trata de este tipo de cosas). En cambio, personas como el Padre Pío, llenos de sentido común y sana actividad, demuestran estar en óptimas condiciones psíquicas. Se narra la historia de un joven médico americano que le dijo al Padre Pío: “No creo en sus estigmas, le han salido porque estaba obsesionado por las llagas del Crucificado”. Y el buen fraile le respondió, con una sonrisa bondadosa: “Muy bien, hijo. Piensa intensamente en un buey, verás cómo te salen cuernos”. Esta ocurrencia convenció a ese médico.

Si las cosas están tan claras, ¿por qué la Iglesia no se pronuncia? Porque hay otro motivo. El Señor concede estas gracias a sujetos que practican las virtudes más heroicas y que, normalmente, tienen también otros dones sobrenaturales, como el éxtasis, la bilocación, etc. Observemos detenidamente: la Iglesia espera ver la santidad como pruebas de los estigmas, más que ser los estigmas una prueba de santidad. Y la santidad no consiste en los dones especiales de Dios, que podrían ser concedidos sólo en beneficio de los fieles, sino que está en el ejercicio de las virtudes en grado heroico y con perseverancia hasta el final. Por esto, sólo después de la muerte se la puede controlar; mientras estamos vivos todos podemos caer en cualquier momento, sea cual sea el grado que alcancemos de unión con Dios.

Este es el motivo por el que la Iglesia no se pronuncia. Pero esto no significa que no podamos tener una convicción personal sobre el Padre Pío, tenemos todo el derecho. Es lícito para nosotros admirar en él los prodigios de la gracia, ¡no cometemos ningún pecado al hacerlo! Pero también en este juicio personal no debemos seguir el capricho o

el humor. En el Evangelio se indica esta regla: “Por el fruto se conoce el árbol; si el fruto es bueno, el árbol es bueno”<sup>3</sup>. Así, el juicio lo hacemos observando la paciencia del Padre Pío, su caridad, su aceptación del dolor y su vida santa dedicada sólo a hacer el bien.

No existe quien no conozca episodios de conversión, de regreso a la Iglesia, de vidas transformadas por el encuentro con el padre. Son hechos que no pueden dejarnos indiferentes; más que las curaciones, etc., a pesar de que el exceso de entusiasmo de algunos o el fanatismo de otros nos pueda molestar.

Bajo Pío XI se realizó una visita al padre y la opinión resultante fue negativa. Pero no era una opinión oficial y, mucho menos, infalible. Era una opinión como muchas, expresada por un médico que fue tachado rápidamente de burro por otro médico. Con todo el respeto hacia los médicos. Pío XI era ajeno a estas cosas. En cambio, se sabe que el día de la beatificación de Santa Teresita de Lisieux se vio al Padre Pío presente en San Pedro (aunque contemporáneamente estaba en San Giovanni Rotondo). Un conocido monseñor, testigo del hecho, lo refirió al Papa, añadiendo que también don Orione lo había visto. Y el Papa respondió: “Si lo ha visto también don Orione, lo creo”.

En conclusión, puesto que somos libres, pensemos con nuestra cabeza. Pero con la razonabilidad que siempre debería caracterizar al hombre. Es absurdo, después de tantos años de pruebas y testigos autorizados, negar hechos verificados y dar un parecer arriesgado sobre un hombre como el Padre Pío. Es un hombre de Dios, un “Sacerdote grande”, en el pleno ejercicio del ministerio que tiene un eco mundial.

Algunos se sentirán satisfechos con esto. Quien además reconoce en él otros carismas sobrenaturales y le considera un instrumento del Señor para gracias extraordinarias, que piense de nuevo en las muchedumbres de fieles que van a San Giovanni, en las altas personalidades eclesásticas y civiles que se dirigen a él, y se sentirá bien acompañado».

## **CUARENTA AÑOS DESPUÉS**

Han pasado cuarenta años desde que escribí este artículo, en tiempos difíciles. No tengo que rectificar nada. Más bien me gustaría decir a quien me lee por qué doy tanta importancia a ese artículo. Además del valor de cuanto afirma, hubo una continuación que nunca le he dicho a nadie. Al cabo de poco tiempo fui a San Giovanni Rotondo, acogido por mi querido amigo el padre Mariano, que puede dar testimonio de estos hechos. Me presentó al superior, el padre Carmelo da Sessano, durante seis años superior del Padre Pío y desde hacía cincuenta su hijo espiritual. Es decir, conocía al Padre Pío muy bien.

Llevaba conmigo ese número de *Famiglia Cristiana* y se lo ofrecí al padre Carmelo, pero él me dijo enseguida: «Todos hemos leído el artículo». Y yo: «¿Le ha gustado? ¿Piensa que es fidedigno?». El padre Carmelo: «Les ha gustado a todos. Lo hemos compartido. Se notaba el esfuerzo que ha hecho para frenarse, que tenía ganas de decir

más cosas». Me miró con una sonrisa complaciente, con aire de quien está revelando algo importante. Prosiguió: «Le he enseñado la revista al Padre, sabía que ya la habíamos leído y me la ha pedido. Se la ha llevado a su celda y al día siguiente me la ha devuelto». Yo estaba impaciente por saber y pregunté rápidamente: «¿Qué ha dicho el Padre Pío?». El padre Carmelo: «Nada. No ha dicho nada. Estaba tan sereno que he comprendido algo con gran certeza: en el artículo no ha leído nada que le contrariase. Me lo habría dicho». Fue para mí la satisfacción más grande.

Pero, ¿tanta importancia tienen los estigmas del Padre Pío? ¿Conviene hablar tanto de ellos, en una biografía breve como es esta? En mi opinión, la importancia es inmensa, porque el Señor le concedió los estigmas al Padre Pío para que fueran su auténtica tarjeta de visita: he aquí el sacerdote de Cristo Crucificado.

Se sabe que todos íbamos a ver al Padre Pío por su misa y sus confesiones, no para ver los estigmas. Pero saber que este sacerdote estigmatizado, primero entre todos los sacerdotes (no sabemos de ningún otro sacerdote que los haya tenido, por ahora), tenía estampado este sello que lo hacía no sólo partícipe de la Pasión, sino casi una reproducción de la Pasión de Cristo, era el atractivo que te llevaba a él.

Si el Señor no hubiera querido conceder al Padre Pío este recuerdo clarísimo, habría seguido manteniendo los estigmas invisibles. Si los hizo visibles, sangrantes, analizables, es porque quiso manifestar al mundo claramente la verdadera identidad de este ministro suyo, imitador, espejo. Es inútil querer esconder lo que Dios ha querido que se viera.

Y cuando el objetivo terminó, también los estigmas desaparecieron, de manera más misteriosa de cómo aparecieron. Después de cincuenta años: 1918-1968; viernes 1918, viernes 1968.

<sup>2</sup> El autor hace referencia a la gran epidemia de gripe de 1918, también conocida como «la española». Fue una pandemia de gripe de inusitada gravedad que, en solo un año, se calcula que causó entre 20 y 40 millones de muertes. [N.d.T.]

<sup>3</sup> Cfr. Mt 12, 33 [N.d.T.]

## DE TODO EL MUNDO

Cuando el Padre Pío recibió los estigmas, ya había un grupo de personas que acudían a él para confesarse y para la dirección espiritual. Además de sus hermanos, estas fueron las personas que se dieron cuenta de lo sucedido, por lo que la afluencia de gente procedente del mismo San Giovanni y de los pueblos vecinos aumentó.

Y cuando la noticia se difundió aún más por medio de la prensa, empezó a llegar gente de toda Italia y del extranjero. Así, ese pueblo perdido en el Gargano, al que era tan difícil llegar y que tenía una infraestructura de acogida tan escasa, se convirtió de repente en un centro de peregrinaciones, que aumentaron cuando el padre estaba en vida, y más aún después de su muerte. Y, sin embargo, esos buenos capuchinos hicieron lo posible para que todo esto no sucediera, esforzándose con un celo verdaderamente excesivo. El primer esfuerzo lo hicieron para mantener en secreto los hechos. Se prohibió la publicación de las conclusiones a las que había llegado el Dr. Festa y, en la medida en que les fue posible, obstaculizaron al máximo la afluencia de peregrinos. Nos damos cuenta de las dificultades y el esfuerzo al que fueron sometidos, bajo un continuo bombardeo de peticiones, a menudo acompañadas de notas de recomendación, cuyo fin era siempre el mismo: queremos hablar con el Padre Pío.

Por parte de los superiores tenían la orden severísima de callar; por parte de los fieles que acudían estaban presionados por continuas peticiones. Es humano que se pudiera perder la paciencia.

Recuerdo muy bien que los primeros años yo no era el único que me iba de San Giovanni entusiasmado con el Padre Pío y, también, molesto por la descortesía de los frailes y, tal vez aún más, de ciertas personas que, alrededor del Padre Pío, se autodenominaban reguladores del flujo de personas y que hacían lo que ellos querían, a veces torpemente.

Lo que se puede afirmar con certeza es que no fueron los frailes los que alentaron las visitas al padre. Cuando salieron los primeros comunicados de prensa (el primer periódico que habló del Padre Pío fue *Il Mattino* de Nápoles, el 20 de junio de 1919) cayó sobre esos pobres frailes una lluvia de reproches, como si hubiese sido culpa de ellos. El provincial, el padre Benedetto, llegó a escribir al superior del convento de San Giovanni: «Prohibo *sub gravi* (es decir, como si fuera pecado mortal) que se comunique a nadie los hechos sucedidos y que sucederán».

Conminaba a no dar a nadie la foto que se había tomado del Padre Pío, en la que se veían claramente los estigmas; a no hablar de su fiebre, que llegaba a los 48,5 grados; a no difundir noticias de curaciones o conversiones atribuidas al padre; todo esto reconociendo –por lo menos esto– la seriedad del parecer médico y la ejemplaridad de vida del Padre Pío.

El Padre Pío celebraba su larga misa y confesaba, a veces hasta dieciséis horas al día. Esto significaba que si alguien iba a verle empujado por la curiosidad, acababa implicado en la jornada del Padre Pío, que para los fieles significaba transcurrir largas horas en la iglesia o en la sacristía por lo que, al final, se acababa rezando. Creyentes o

incrédulos, obispos y altos prelados, ricos o pobres, todos acudían a los pies de aquel al que Benedicto XV definió con convicción «un verdadero hombre de Dios».

La jornada, la vida del Padre Pío, estaba caracterizada, externamente, por una agotadora monotonía. Cincuenta y dos años pasados en una pequeña iglesia, de un pequeño convento, entre el altar y el confesionario, el coro y su celda. Se puede decir que vivió en un espacio de pocos metros cuadrados. Ni viajes, ni predicaciones, ni tareas especiales o de confianza. Nunca tuvo vacaciones. Sólo muchedumbres exigentes que venían de lejos, atravesando dificultades y cargadas de mucho sufrimiento.

Además, estaban sus luchas internas. Sobre todo de 1910 a 1922, años en los que vivió lo que los grandes místicos llaman «la noche oscura», como testimonian las cartas a sus directores espirituales. Vivió una continua agonía, como si estuviera perennemente crucificado.

Se puede comprender, entonces, la respuesta que le dio a una pobre mujer que se había desahogado con él por lo mucho que sufría y que, en un determinado momento, exclamó: «Comprendo que la agonía de Cristo en la cruz fue un sufrimiento más grande que cualquier otro. Pero duró sólo tres horas». El Padre Pío miró a esta mujer con compasión y le dijo lentamente, desde lo más hondo de su corazón y de su experiencia personal: «¿Acaso no sabes que Jesús está en agonía hasta el final del mundo?».

Sí, había muchos signos además de los estigmas: el perfume, la bilocación, su don de escrutar las conciencias, las profecías, las curaciones, las conversiones... muchos hechos que nos confiábamos entre nosotros, que transmitíamos oralmente y que, a menudo, acabaron en sus biografías.

Porque tenemos que decir que en los largos espacios de tiempo en los que no estábamos en la iglesia, hablábamos entre nosotros y todos teníamos algo que decir. También cuando volvíamos a nuestra ciudad, cuando nos veíamos, cuando nos reuníamos quienes habíamos ido a ver al Padre Pío, empezábamos a hablar de él, de los hechos que cada uno de nosotros había vivido, y no habríamos parado nunca. Porque, y esta es una característica significativa, quien iba a ver al Padre Pío, volvía; quien iba a ver al Padre Pío se daba cuenta de que esa visita, esa misa, esa confesión, habían tenido una enorme repercusión en su persona, creando en cierto modo un vínculo que permanecía. Y, así, nacía el deseo de volver.

## ***MI PRIMERA VISITA***

Agosto de 1942, fecha de mi primera visita al Padre Pío. Nunca pensé que volvería durante veintiséis años. Eran los tiempos de la guerra, por lo que no había la muchedumbre de los años precedentes y que habría luego, una vez terminado el conflicto bélico. Recuerdo el lento tren que, desde Nápoles, me llevó a la estación de Foggia. Bueno, en realidad, no había estación; había sido bombardeada. Había sólo vías.

Me acompañaba mi anciano párroco, don Andrea Barbolini, que quiso regalarme ese viaje. Subiendo con el autocar a San Giovanni Rotondo, encontramos rápidamente una

señora dispuesta a acogernos en su casa. No había ni hoteles ni pensiones, pero muchas casas acogían con gusto a los peregrinos. Se gastaba poco, porque después el Padre Pío se enfadaba si la gente se aprovechaba de los peregrinos. Había una gran cordialidad en esas estancias sencillas y pobres.

Recuerdo que ya había luz eléctrica. Pero para lavarse había cántaros de agua y palanganas. De los baños, mejor no hablar.

Por la mañana, el despertador sonó a las cuatro. La misa del padre empezaba a las cinco pero yo, a las tres y media, ya estaba levantado. Después, recorrí los dos kilómetros de carretera que llevaban al convento, con un viento frío que penetraba en los huesos. El camino de herradura ya no existía, la carretera estaba asfaltada. Decían que había sido hecha por orden de Mussolini. La puerta de la pequeña iglesia estaba cerrada. Quienes habían llegado antes me dijeron que la puerta se abría cinco minutos antes del inicio de la misa, con el tiempo justo para entrar y asistir a la misa desde el principio.

Haber llegado tan pronto había sido inútil, aunque había otras personas que habían llegado incluso antes que yo.

¡Qué frío hacía delante de esa iglesia! He sufrido ese frío muchas otras veces, sin amparo de un viento que soplaba entre las piedras de la colina. Recuerdo que una vez -era invierno-, nos agolpamos, como hacen las ovejas. Esperamos, en vano, que el fraile sacristán tuviera piedad de nosotros y nos abriera antes de lo acostumbrado. Nada que hacer.

Cuando entré, corrí con los otros hombres a la sacristía, detrás del altar mayor. El padre ya había bajado y empezaba a vestirse lentamente para la misa, ayudado por sus hijos espirituales, que ya tenían práctica, y por un fraile capuchino, que era su ángel custodio. Cuando ya estuvo vestido y las mangas del alba le cubrían casi toda la mano se quitó los mitones, que ese fraile guardó en la alforja.

En pocos minutos la iglesia se había llenado tanto que para la celebración se preparó el altar mayor. Habitualmente, el Padre Pío celebraba en el lateral, en el altar de San Francisco. También yo recibí la comunión de manos del padre y recuerdo la atención, pero también el cansancio, por esa misa que duró una hora y cuarenta y cinco minutos. Después de un breve agradecimiento tuvo lugar la confesión de los hombres en la sacristía, seguida por la de las mujeres en la iglesia. Al final vi que todos se situaban en dos hileras a lo largo del pasillo que el padre recorrería para volver a entrar en el convento.

Él pasó lentamente, mientras todos intentaban besarle la mano o hacer que la pusiera sobre sus cabezas, en señal de bendición. Y, mientras se acercaba a la puerta, un coro ininterrumpido de voces: «Padre Pío, rece por mi hijo moribundo»; «Padre Pío, estoy perdiendo la vista, rece por mí»; «Padre Pío, he tenido un accidente laboral, rece para que pueda volver al trabajo»; «Padre Pío, mi esposa tiene una fiebre desconocida para los médicos, rece».

Cuando llegaba a la puerta, el Padre Pío se giraba, impartía una larga bendición y entraba en el convento. Una vez, en una de mis siguientes visitas, mientras se daba la vuelta para bendecir, oí una frase que se le debió de escapar en distintas ocasiones,

porque también la he leído en alguna de sus biografías: «Todos tienen su cruz; todos piden que se les libre de ella. Pero si supieran lo valiosa que es, la pedirían».

Prometía sus oraciones para todos, bien con palabras, bien con simples gestos. Por la tarde estaban todos de nuevo en la iglesia para asistir a las confesiones y para rezar. Se puede decir que la jornada concluía cuando el Padre Pío se retiraba y se cerraba la iglesia. Tuve la suerte, en esa primera visita, de intercambiar algunas palabras con el tío Grazio, el padre del Padre Pío. Estaba sentado en un murete que rodeaba un gran árbol, delante del convento. Estaba de buen humor, pero con más deseos de meditar que de hablar.

Recuerdo bien un pequeño pórtico perpendicular a la iglesia, donde algunas veces el Padre Pío celebró al aire libre a partir de 1954. Fue allí donde una vez me invitó el fraile que le acompañaba a servirle en la misa.

Esa primera visita no me entusiasmó. Los consejos que el Padre Pío me dio y que me habían impulsado a ir, estaban llenos de sentido común, pero no eran nada especial; eran iguales a los que me habría dado cualquier otro sacerdote.

No tenían nada de extraordinario, como hubiera deseado. Aprendí una lección que me es útil también hoy: nadie tiene al Espíritu Santo en el bolsillo y también las personas más santas y más dotadas de carismas reciben del Señor dones especiales vez por vez, cuando Él quiere. Porque de todo hay que dar gracias al Señor.

Pero el recuerdo de esa misa quedó vivamente grabado en mi memoria. Comprendí que sólo por ella debería volver.

## A QUIÉN PERDONAR LOS PECADOS...

«¿Qué hace el Padre Pío?».

«Santidad, quita los pecados del mundo».

Este simple intercambio de frases entre Pío XII y el obispo de Manfredonia, mons. Andrea Cesarano, durante la visita *ad*

*limina* en abril de 1947, nos indica claramente cuál ha sido la principal actividad apostólica del fraile estigmatizado. Estoy convencido de que en esa revelación de 1903, en la que al joven Francesco, a punto de entrar en los capuchinos, se le preanunció que llevaría a cabo una altísima misión, le fue confiada con anticipación su futura actividad de confesor. Si no es así, difícilmente se explicaría cómo es posible que una persona como Padre Pío, que nada pedía y todo aceptaba de los superiores como voluntad de Dios, aquí hiciera una excepción.

Había sido ordenado sacerdote en 1910. Normalmente no se tarda mucho en dar al nuevo sacerdote la facultad de confesar. En el caso del Padre Pío no fue así. Y esta vez parece ser que el nuevo fraile sentía un gran deseo de poder dedicarse a este ministerio. Basta pensar que en el arco de tiempo que va del mes de abril de 1911 al mes de abril de 1913 escribió dieciocho cartas a su provincial, insistiendo para obtener la facultad de confesar. Su superior temía por su salud física; tampoco estaba seguro de que el Padre Pío tuviera el suficiente conocimiento de teología moral, ya que sus estudios habían sido irregulares debido a sus problemas de salud. Así, ironía de los hechos, el más famoso confesor de nuestra época tuvo que sufrir y esperar, antes de obtener la facultad de confesar. Más adelante, esta facultad se le prohibió durante tres años... Pero fue recompensado con creces, viviendo en el confesionario la mayor parte de su tiempo, hasta la mañana de su muerte. Para que el lector se haga una idea, el 16 de noviembre de 1919 escribía a su padre espiritual: «*Llevo casi diecinueve horas de trabajo, sin descanso. Cuando escribo esto, es la una de la madrugada*».

Horas y horas de confesiones, que vivía a menudo como una lucha mano a mano contra Satanás, para arrancarle las almas. Se ha escrito mucho sobre el método de confesión del Padre Pío (si se puede hablar de método), narrando episodios vividos de conversiones, absoluciones pospuestas o negadas del todo. Me limitaré a mencionar algunas de las características más evidentes y a hechos que he visto personalmente.

Primero de todo, es necesario hacer una premisa. Para el Padre Pío confesar era un esfuerzo inmenso, no sólo por la repulsión que sentía hacia el pecado como ofensa a Dios, sino también por sus luchas interiores, que nunca le abandonaron. Durante toda su vida se sintió un grandísimo pecador y tenía una «*obsesión que le taladraba el cerebro y el corazón: el miedo de no estar en gracia de Dios*».

Si se mostraba seguro en la guía de las almas, igual de incierto y timorato se sentía hacia sí mismo. Además, también él, hombre como el resto, sufría por el peso de sus debilidades en cuanto se daba cuenta. Es típico el caso que confió al padre Benedetto en 1917, cuando un día se dio cuenta de que, agotado, «*sin que yo lo quiera, sufro de*

*impaciencia. Esta es una espina que me atraviesa el corazón».*

Cuando el Padre Pío subía al altar, parecía que estaba subiendo al Calvario. Y también cuando entraba en el confesionario sufría muchísimo por su indignidad, por temor a su incapacidad. Y, sin embargo, fue precisamente con motivo de las confesiones o, por lo menos, sobre todo en ellas, por lo que el Señor le concedió un carisma grandísimo, el de escrutar las conciencias.

## **¿CÓMO CONFESABA?**

«A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos». Estas palabras del Evangelio de san Juan (20, 23) estaban firmemente grabadas en el corazón del Padre Pío, junto a la percepción de tener que ser ministro de la misericordia divina. Sabía que podía absolver y no absolver, según las disposiciones del penitente.

Su confesionario no era un dispensador de absoluciones, sino un lugar de conversión. Quería que hubiera arrepentimiento real por todos los pecados, ya fueran mortales o veniales. Su percepción de la absoluta santidad de Dios, de la necesidad de que las almas lleguen al juicio purificadas en esta tierra, además de en estado de gracia, era clara porque era consciente de cuán tremendas eran las penas del purgatorio.

He conocido a varias personas que, al confesarse, se acusaban así: «Padre, he cometidos los pecadillos habituales, las tonterías de siempre...». Y él, inexorable: «¿Pecadillos? ¿Tonterías ofender a Dios? Vete de aquí», y por esa vez no había nada que hacer.

Sus confesiones eran como acontecimientos de anuncio y de salvación, de dolor y alegría, de reproche y amor. Lo demuestra una carta escrita en Foggia el 23 de agosto de 1916:

*«Tiene que saber que no tengo un minuto libre: hay tal multitud de almas sedientas de Jesús que se precipitan sobre mí, que hacen que me tire de los pelos» (Ep. I).*

Se entregaba con la conciencia de que el confesionario era el tribunal de la misericordia divina y, al mismo tiempo, la cátedra sufrida de la caridad sacerdotal.

A un penitente le tuvo que decir:

*«¿No ves lo negro que estás? Arregla tus asuntos, cambia de vida y luego vienes y te confiesas».*

El padre Tarcisio, que estaba presente en la escena, se quedó asombrado por la respuesta, pero el Padre Pío le dijo:

*«¿Si tú supieras con qué dardos ha sido atravesado antes mi corazón! Pero si no me comporto así muchos no se convierten a Dios...».*

A veces repetía:

*«Te he generado en el amor y en el dolor». «Puedo también atacar a mis hijos, pero ¡ay de quien me los toque!... A fuerza de golpes quiero llevarlos hacia arriba».*

Infundía en el corazón de los penitentes esperanza y confianza en el perdón divino. Escribió:

*«¿No amas desde hace tiempo al Señor? ¿No le sigues amando? ¿No anhelas amarle para siempre? Entonces, ¡fuera miedos! Admitiendo que has cometido todos los pecados de este mundo, Jesús te repite: te son perdonados muchos pecados porque has amado mucho» (Ep. III).*

Y de nuevo:

*«Estad seguros de que Dios puede rechazar todo en una criatura concebida en el pecado y que lleva la huella indeleble heredada de Adán, pero no puede en absoluto rechazar el deseo sincero de amarle» (Ep. IV).*

A un alma que le preguntó qué es el confesionario, le respondió: «Es el trono donde se sienta la majestad de Dios». A un joven que lloraba, el Padre Pío le preguntó: «¿Por qué lloras?». Respondió: «Porque no me ha dado la absolución». Con ternura el Padre Pío le consoló: «Hijo, si es así, no te he negado la absolución para enviarte al infierno, sino al Paraíso».

El cardenal Lercaro, durante el Congreso Eucarístico diocesano de Trápani, en 1969, conmemorando al Padre Pío, dijo:

*«Para él, el confesionario era origen de mucho sufrimiento interior, espiritual: su pasión. El pecado le pesaba, el pecado que él escuchaba, constataba y reprochaba, pero para llamar sobre él la misericordia de Dios; el pecado que perdonaba en nombre de Dios era una herida para su alma... Y él unía su sufrimiento al de Cristo para que se les perdonaran las culpas a sus hermanos».*

La sed de las almas se convirtió en oración también en las largas noches de vigilia. Más de un hermano fue testigo de sus súplicas:

*«Jesús y María, piedad»; «Oh, Jesús, te encomiendo esta alma, tienes que convertirla, salvarla... Si se trata de castigar a los hombres, castígame a mí,*

*estoy contento... Por él te ofrezco a mí mismo».*

El Padre Pío solía decir:

*«¡Si se supiera cuánto cuesta un alma! Las almas no se regalan, se compran. Ignoráis lo que le costaron a Jesús. Ahora y siempre hay que pagarlas con la misma moneda».*

El 3 de junio de 1919 escribió al padre Benedetto:

*«Dedico todo el tiempo a liberar a los hermanos de los lazos de Satanás. Bendito sea Dios... La mayor caridad es arrancar las almas de las garras de Satanás y ganarlas para Cristo. Y esto es lo que hago continuamente de noche y de día... Hay conversiones magníficas» (Ep. I).*

Al padre Pellegrino, impaciente por el comportamiento inoportuno de algunas personas, le pidió:

*«Hay que dar pan fresco a quien tiene hambre y buen vino a quien tiene sed»<sup>4</sup>.*

Su propósito era serio. A veces nos confesamos con ligereza, casi como si fuera una costumbre. Con él esto no era posible. Una vez conocí a un joven de mi edad, al que no reconocí enseguida. Él sí me reconoció. Habíamos sido compañeros de instituto y después habíamos dejado de vernos. Estaba pasando en San Giovanni su mes de vacaciones. Me dijo: «¿Sabes? He tenido que ver tres veces al padre para que me diera la absolución. No comprendía porque insistía en que me fuera. A mí me parecía que yo era sincero y que estaba arrepentido. La tercera vez tomé una decisión para corregir un defecto que tengo. Sin decirle nada, el Padre se dio cuenta y me absolvió».

Con él fue posible porque estuvo algún tiempo, pero no para todos era igual, sobre todo en los meses de verano, los de mayor afluencia, en los que había una regla: si una persona, después de confesarse, quería confesarse de nuevo, tenía que dejar pasar por lo menos siete días. Esta es la razón por la que muchos se iban de San Giovanni sin haber recibido la absolución.

Este es un hecho que merece ser analizado. En muchas ocasiones sus hermanos le hicieron alguna observación a este propósito, recomendándole que fuera prudente. Pero él respondía: «Lo hago por su bien. ¿Acaso no creéis que yo sufro más que ellos? ¡Si supierais cómo les persigo luego, sin darles tregua!».

Conozco directamente casos de personas que se fueron de San Giovanni Rotondo enfadadas con el Padre Pío por no haber recibido la absolución, y muy decididas a no volver. Pero antes o después sucedía que sentían un deseo irresistible de volver. A menudo estas personas acababan siendo asiduos de San Giovanni.

El Padre Pío amaba al pecador, pero era intransigente con el pecado. Algunas salidas tuyas son famosas: «¡Desgraciado, te vas al infierno!»; «¿Cuándo dejarás de ser un guarro?»; «¿No sabes que es pecado mortal? ¡Vete!».

era difícil que en esa ocasión cambiara de parecer. No le importaba quien tenía delante: ricos o pobres, guapos o feos, él miraba a las almas. Todos en fila, todos iguales, un ministro o un obrero.

Muchos me han confiado: «Aquí parece que uno está ante el juicio de Dios, con el alma desnuda». A esto contribuía también un factor humano: las largas esperas, a menudo de día o incluso de semanas, y la necesidad de ser breves debido a la gran afluencia de gente, hacía que la gente se preparara bien lo que tenía que decir. Todos tenían tiempo de pensar y repasar una y otra vez su discurso.

Incluyamos también, entre los factores humanos, una cierta cohibición que infundía la persona, también debido a la larga espera que aumentaba la importancia del encuentro. Se sabía, y nos lo transmitíamos unos a otros, que era una persona muy dulce cuando un pecador estaba realmente arrepentido; muy práctica en la guía de las almas hacia metas más elevadas; paciente, inmediatamente después de la confesión, para seguir escuchando. Creo que todos, cuando iban a ver al Padre Pío, tenían algo especial que pedirle, para sí mismos o para otros.

Creo que la espera también era hermosa. Porque, sobre todo entre los hombres, nunca tan numerosos como las mujeres, se creaba una especie de solidaridad, de confianza recíproca. A menudo, tal vez más aún entre los sacerdotes que esperaban, pero también con los otros, sucedía que alguien confiaba a los demás lo que iba a decirle al padre y cuáles eran sus temores.

En cuanto salía del confesionario, se formaba un corrillo a su alrededor, a una cierta distancia: «¿Qué te ha dicho el padre? Y tú, ¿qué le has dicho?», y tal vez se le daba algún consejo sobre cómo debía comportarse en la próxima ocasión. Parecía como si después de la confesión secreta viniera la confesión pública.

Ciertamente, la gracia de Dios trabajaba intensamente para predisponer los ánimos, para hacer comprender la gravedad del pecado. Un día un hombre me confió: «Créame, padre. Determinadas cosas que he confesado sin dificultad, a él no quiero decírselas».

Una noche me paró delante de la iglesia, ya cerrada, un hombre que seguramente había ya superado los sesenta años. Nos conocíamos de vista, de esperar en fila nuestro turno. Me dijo: «Sabe, padre, no he venido a confesarme. Sé muy bien que podría confesarme con cualquier sacerdote que me absolvería. Pero yo no creo. He trabajado en América durante muchos años, no puede imaginarse las cosas que he hecho. No puedo creer que toda una vida de pecado pueda ser perdonada de golpe, sólo por el hecho de que uno se la cuenta a un sacerdote». Le dije: «Entonces, ¿para qué has hecho la fila para la confesión? ¿Qué le dirás al padre?». Y él, casi repitiendo mecánicamente un discurso que ya tenía preparado de memoria previamente y que se había repetido a él mismo varias veces: «Le diré: Padre, no he venido a confesarme. No creo que...». A la mañana siguiente fui uno de los primeros en confesarme; permanecí un rato y le llegó el turno a este hombre. Yo observaba atentamente: tras un pequeño titubeo inicial, el diálogo típico de las confesiones. Por último, la mano del padre, levantada para la lenta señal de la cruz de la absolución. En cuanto salió del confesionario, vino a mi encuentro radiante, feliz. «En cuanto he empezado mi discurso: Padre, no he venido... me ha interrumpido y me

ha dicho: Hijo mío, ¡cuántos problemas y líos has causado en más de cuarenta años! ¿Te das cuenta de todo lo que has hecho? Pero recuerda, tus pecados, por muy numerosos y graves que sean, son limitados; la misericordia de Dios es infinita».

Se le quebró la voz, conmovido. Me confió que en ese momento sintió algo dentro de sí, como una voz que le decía: si la misericordia de Dios es infinita, incluso si hubieras cometido diez veces más pecados, todos entrarían en ella. Se derrumbó y se confesó. Era realmente feliz.

Pienso de nuevo en el don que tenía el Padre Pío de escrutar las conciencias, de ver dentro de una persona. Un día, gracias a un fraile amigo mío, estaba delante de la puerta de su celda, la famosa habitación n. 5, que tenía colgada en la puerta una frase de san Bernardo: «María es toda la razón de mi esperanza».

Había un joven esperando, tendría unos 25-30 años. El padre debía volver en pocos minutos. Los dos solos, para poder hablar con él personalmente, me parecía un sueño. Pero todo fue de otro modo, distinto de como estaba previsto. Cuando llegó, dijo inmediatamente: «Lo siento, no tengo tiempo. Debo cortarme la cabeza». No comprendimos qué quería decir. Me dirigió un gesto de saludo y al otro le dijo: «No puedes seguir así. No. No quieres ofender a Dios, pero no quieres dejar el pecado. No. No puedes seguir así. Tienes que tomar una decisión. No, así no puedes continuar...». Y entró en su celda sacudiendo la cabeza.

Vi que ese joven tenía lágrimas en los ojos. Le pregunté:

- «¿Has entendido lo que quería decir el padre?».
- «Sí, es mi tragedia».
- «¿Has hablado en alguna otra ocasión con él?».
- «No, nunca. Es la primera vez que vengo aquí».
- «¿Alguien le ha hablado de ti al padre?».
- «No. Nadie de mi familia y de mi pueblo sabe que he venido».
- «¿Quieres que hablemos de ello?».
- «No. Déjame reflexionar».

A la mañana siguiente, cuando el Padre Pío bajó a la sacristía para la misa, vi que tenía la cabeza rasurada y la barba más corta. Comprendí lo que quería decir cuando dijo que tenía que cortarse la cabeza, tenía cita con el fraile barbero.

A veces, incluso en la confesión, el Padre Pío no se olvidaba de su innato sentido del humor. Una vez me confesé por haber tenido pensamientos de soberbia. Me dijo, serio: «Si te has atribuido bienes que tienes, son del Señor, que te los ha dado; al atribúrtelos eres un ladrón y mereces la prisión. Si piensas que tienes bienes que no tienes, eres un loco y mereces estar en un manicomio. Elige, hijo mío: la prisión o el manicomio». Y me dirigió una hermosa sonrisa.

Otras veces daba respuestas sencillísimas. «Padre, ¿cómo se ama de verdad al Señor, con todas las fuerzas?». «Hijo mío, no le ofendas». Es lo que dice el Evangelio: Vosotros

me amáis por lo que digo. Me gustaría añadir que su comportamiento era muy personalizado, no se podía ni generalizar, ni imitar. Recuerdo que un hombre, que había enviudado dos veces, le preguntó al Padre Pío si le aconsejaba volverse a casar. El Padre Pío le dijo que el primer matrimonio venía de Dios, el segundo del hombre y el tercero del diablo. Respondiendo a la misma pregunta, planteada por otra persona, dio otra respuesta totalmente distinta.

Lo mismo sucede para ciertas posiciones rígidas que tenía, sobre todo al negar la absolución. Conocí a un joven sacerdote que cada año pasaba el verano en San Giovanni. Después de todos los casos que llegaron a su conocimiento, cuando volvió a su diócesis, durante ese año fue más severo en el confesionario y en alguna ocasión negó la absolución. Cuando el verano siguiente volvió a San Giovanni, el Padre Pío, en cuanto le vio, arremetió contra él: «Pero, ¿qué te crees, que eres el Padre Pío? Yo sé cuándo se debe negar la absolución. ¡Tú tienes que absolver!». También esta es, evidentemente, una respuesta que vale para ese caso en particular.

Del Padre Pío confesor queda grabado el gesto solemne con el que impartía la bendición mientras pronunciaba las palabras de la absolución. Todos los sacerdotes absuelven, pero la absolución del Padre Pío dejaba una paz que era un don verdadero del Señor. A veces con algo más.

Un amigo sacerdote pudo ver, mientras el Padre Pío alzaba la mano, que un pequeño hilo de sangre salía por debajo del mitón. Le causó una gran impresión. Supo lo que le costaban al Padre Pío las confesiones.

<sup>4</sup> Los textos citados en este capítulo han sido sacados de *Los cuadernos de la Casa Sollievo della Sofferenza*, suplemento n. 10, pp. 69-71.

## LA MISA DEL PADRE PÍO

En la estampita recordatorio de su primera misa, el Padre Pío escribió de su puño y letra:

*«Jesús, mi suspiro y mi vida, hoy que te elevo con trepidación en un misterio de amor, haz que yo sea contigo camino, verdad y vida para el mundo y, por ti, sacerdote santo, víctima perfecta».*

He asistido en innumerables ocasiones a las misas del Padre Pío y, no obstante, me resulta difícil hablar de ellas. En su misa había algo especial, por lo que se había convertido en el centro para las muchedumbres que acudían a San Giovanni. Puedo decir cosas que han visto, dicho y repetido muchos; esto significa que determinados aspectos de la misa del Padre Pío eran captados por todos de la misma manera.

«Haced esto en memoria mía»: está claro que cuando se habla de la misa del Padre Pío no se aborda lo esencial del sacrificio eucarístico, idéntico en todas las misas, celebrado por cualquier sacerdote. Se podrá observar mayor o menor rapidez; se podrá tener la impresión de mayor o menor devoción; la propia gente participará con más o menos ganas si celebra un sacerdote en lugar de otro. A menudo nosotros, sacerdotes, hemos oído que nos daban este consejo: «Celebra tu misa como si fuera la primera de tu vida, o como si fuera la última». Otras veces se dice: «Mira cómo celebra la misa un sacerdote y te harás una idea de cómo es él».

Pueden parecer observaciones superficiales, pero en realidad tienen algo de verdad, de profundo. Lo esencial de la misa es siempre lo mismo, porque el sacerdote principal es Cristo; pero también el sacerdote pone algo suyo, a veces pone mucho. Como también quien asiste a la misa; de hecho, hay muchos modos de asistir al sacrificio divino. Desde el que está presente sólo para poder decir «He estado en misa», hasta el que participa con todo su ser, o se ofrece en unión con la víctima divina. La misa, celebrada o escuchada, también puede ser el espejo de nuestra relación con Jesús, del amor que sentimos por Él, del conocimiento que tenemos de Él, de la intimidad alcanzada, de la dedicación con la que nos entregamos.

Son conceptos que pueden ayudarnos a comprender con qué actitud podemos hacernos una idea de cómo era la misa del Padre Pío, esta celebración en la que el padre se entregaba y expresaba todo su ser: su amor a Dios-Crucificado, al Dios-Amor, al Dios-Víctima por los pecados, al Dios-Salvador, al Dios que le hacía partícipe de su obra de redención.

Debemos volver a reflexionar sobre la vida del Padre Pío. Reflexionar sobre sus largas meditaciones, diría ininterrumpidas, sobre la pasión de Cristo, acompañadas por numerosas lágrimas; al horror que sentía ante el pecado, a su amor por Jesús, al ofrecimiento de sí mismo como víctima por los pecadores, por las almas del purgatorio, por la Iglesia y el mundo. Y tenemos que tener presente cómo el Señor quiso asociar este ministro suyo a la obra de redención: las luchas contra Satanás, la oscuridad de la fe y la progresiva participación en la Pasión, cuya culminación son los estigmas visibles.

No asombra, entonces, que la celebración de la misa del Padre Pío fuera un revivir realmente la Pasión de Cristo. Cuando subía al altar, con su paso dolorido, parecía que estaba subiendo al Calvario. Las palabras que pronunciaba eran las palabras litúrgicas; y la gente respondía al unísono, algo más bien raro entonces, cuando en general respondían sólo los monaguillos. También en esto se veía el esfuerzo de los presentes por participar lo más posible.

Todas las miradas estaban fijas en ese rostro que se contraía continuamente con evidente sufrimiento, aunque el padre hacía claros esfuerzos para que nadie se diera cuenta; las lágrimas que le inundaban el rostro y que él secaba con un gran pañuelo que tenía siempre al alcance de la mano, fingiendo que se secaba el sudor; ese golpearse el pecho en el *mea culpa* y el *Agnus Dei*, con unos golpes tan fuertes que nadie comprendía cómo podía propinárselos con sus manos heridas; ese prolongado estar de rodillas, que a veces daba la impresión de que no tenía fuerzas para levantarse. Y las largas pausas, con la mirada fija velada por las lágrimas, dando la impresión de no poder proseguir.

Alguien ha definido la misa del Padre Pío como «un auténtico espectáculo sobrenatural». Ciertamente, era tan mesurada que no tenía nada de teatral. Pero, ¿por qué llegaba gente de todo el mundo a un lugar de tan difícil acceso y a una hora tan insólita, para asistir a esta misa que no terminaba nunca y que, cuando había acabado, se deseaba que continuara? No hay duda de que el Padre Pío revivía la Pasión de Jesús.

Sabemos que hay santos y santas, a menudo estigmatizados, que los viernes o durante la Semana Santa revivían la Pasión. Pienso en santa Verónica Giuliani, santa Gemma Galgani, Teresa Newman, la venerable Alessandrina Maria Da Costa... Pero ninguno la vivía durante la misa.

El Padre Pío es, por ahora, el único sacerdote estigmatizado. Y este revivir la Pasión como sacerdote, durante la misa, me parece que tenía un fin especial que los fieles, tal vez inconscientemente, intuían.

La misa del Padre Pío no era un misterio especial. El verdadero misterio, que comprendemos tan poco, es la misa. Es un sacrificio, es el memorial incruento de la cruz, es la inmolación de Jesús que se ofrece al Padre como víctima por nosotros y que se da a nosotros como alimento de vida eterna... Intentamos ayudarnos con expresiones verdaderas, pero incompletas.

Me parece que la gente, observando al Padre Pío, en realidad se esforzaba por comprender el verdadero significado de la misa. Muchos sacerdotes y fieles me han dicho que han comprendido qué es la misa sólo después de haber asistido a la misa del Padre Pío.

Cuando se le pedía que explicara la santa misa, respondía: «Hijos míos, ¿cómo puedo explicárosla? La misa es infinita como Jesús...». Y añadía: «El mundo podría estar sin sol, pero no podría estar sin la santa misa».

Lo que sucedía en las almas durante esas misas, era todo y sólo obra del Espíritu Santo. Personas que iban por curiosidad, acababan llorando como niños; hombres que no creían, durante ese sacrificio veían

desaparecer todas sus dudas; gente a la que le era difícil arrepentirse, perdonar, cambiar de vida, durante esa misa maduraban con decisión un cambio radical de vida. Muchos chicos y chicas que durante ese sacrificio vieron derrumbarse todas sus indecisiones, se donaron a Dios totalmente, por medio de la vida sacerdotal o religiosa.

He conocido con profundidad a un hombre, en plena madurez, que nunca había ido a misa. Me asombré cuando me confió que había ido algunos días a San Giovanni y que había asistido todas las mañanas a la misa del Padre Pío. Le pregunté qué había sentido. Recuerdo exactamente sus palabras: «Me ponía siempre en el fondo de la iglesia, sentía vergüenza de mí mismo. De vez en cuando alzaba los ojos para mirar al padre. Me maravillaba que tolerase mi presencia y no me expulsara». Me pareció el publicano del Evangelio, del que Jesús dice que salió perdonado.

Un obispo me decía con gran convicción: «Para comprender quién es el Padre Pío basta con asistir a su misa».

Cada misa era una agonía. Pero también era una lluvia de gracias, a menudo extraordinarias. No se necesitaban explicaciones: se veía que eso era un sacrificio, el sacrificio de Jesús al que se unía el sacrificio del celebrante y al que intentaban unirse todos los presentes.

Soy consciente de que se ha escrito mucho y mejor sobre la misa del Padre Pío. Pero creo que hablar de ella siempre es útil, sobre todo para los fieles que con tanta facilidad se olvidan de ella o que la escuchan distraídamente. Y es útil para los sacerdotes que a veces la despachan con gran rapidez.

¿Pero saben qué es la misa?

## UNA INMENSA FAMILIA

A continuación hablaremos de una gran obra visible del Padre Pío, la Casa Sollievo della Sofferenza. Pero hay que hablar de otra gran obra suya que no ha sido construida con ladrillos, sino en el corazón de las personas: los hijos espirituales del Padre Pío.

No es fácil establecer una fecha de inicio. Cada sacerdote tiene hijos espirituales desde que hay personas que recurren a su ministerio sacerdotal con continuidad. Respecto al Padre Pío, hablar de continuidad es poco; creo que es más exacto hablar de estabilidad. Y no se ha tratado sólo de una estabilidad en recurrir a él, sino que a veces ha sido una estabilidad física, de residencia.

Observamos, como primer núcleo, a ese grupo de personas que desde 1917 recurrían a él como confesor y director espiritual. A menudo él seguía aconsejándolas por medio de cartas, cuando vivían lejos. Es el motivo por el que poseemos ese patrimonio valiosísimo que es la correspondencia del Padre Pío. Indudablemente, ha habido personas que sintieron de manera tan poderosa la ayuda del Padre Pío que iban a verlo con mucha frecuencia o que incluso se establecieron cerca de él. Todos los que conocían un poco el ambiente que giraba alrededor del Padre Pío sabían quién era la americana, Maria Pyle, que ya en 1925 se había dado cuenta de la santidad del Padre Pío y que, para estar cerca de él, construyó su casa un poco más abajo del convento, en la que vivió el resto de su vida.

¿Exageración? ¿Fanatismo? A algunas personas, inicialmente, así les pareció. Pero si pensamos, por ejemplo, en el momento en que surge la vida cenobítica, cuando muchos dejaban todo para construirse una cabaña cerca de un hombre considerado verdadero hombre de Dios, para dedicarse a una vida de oración bajo su dirección espiritual, vemos entonces que la elección de Maria Pyle no era, después de todo, tan insólita.

Añado también el gran bien que la americana realizó a su alrededor: era extremadamente acogedora, hasta el punto que acogió a los padres del Padre Pío, que murieron en su casa.

¿Cómo se llega a ser hijo espiritual del Padre Pío? Con la constancia de ir y confesarse con él. Pero había también otro sistema, utilizado sobre todo por las personas que tenían pocas posibilidades de volver a verle y por todo el que quisiera serlo. Es lo que hice yo cuando me enseñaron este sistema. Bastaba preguntarle, pedirle ser aceptado como su hijo espiritual. Por lo que yo sé, a todos les dijo que sí. El mismo declaró en diversas ocasiones: «No llamo a nadie y no expulso a nadie».

A mí me sucedió una cosa aún más hermosa. Ya sacerdote, empecé a tener yo también mis hijos espirituales. ¿Qué podía hacer para ser una ayuda mejor para ellos? Le comenté mi problema al Padre Pío y le hice una petición especial: «Le pido que acepte como hijos espirituales suyos todos los míos, presentes y futuros». Tras unos instantes de reflexión, el Padre Pío aceptó con decisión. Entonces le dije: «¡Los míos le llamarán Abuelo Pío!». Se rió con gusto de esta ocurrencia.

Puedo decir que el Padre Pío mantuvo su palabra. Para todos es padre (¡y para nadie abuelo!) y muchas veces ayudó a mis hijos espirituales también de manera

extraordinaria, aunque estos no pensarán en él o supieran de mi pacto. Por mi parte, tengo que decir que la ayuda del Padre Pío es de gran eficacia y a veces de manera sensible, sobre todo desde que me dediqué al ministerio del exorcista.

Ciertamente, el Padre Pío era especialmente exigente con sus hijos espirituales. Los educaba al esfuerzo, al deber y a la cruz hasta el heroísmo cuando veía que podía hacerlo. Y no hay duda de que tuvo grandes carismas para este fin. Los episodios son innumerables.

Conocí a un joven en San Giovanni que me contó lo que le había sucedido. Tal vez otros lo supieron y me parece que alguien escribió sobre ello; pero yo oí el relato directamente del interesado. Se había propuesto, para ganarse el respeto humano, hacer el signo de la cruz cada vez que pasaba delante de una iglesia. Durante un tiempo las cosas habían ido bien. Pero un día estaba dando un paseo con dos amigos muy alejados de la fe. Estaban pasando delante de una iglesia y se preguntó: «¿Me santiguo? ¿No me santiguo? ¿Doy buen ejemplo o dejo que se burlen de mí?». Es inútil decir que con estos pensamientos en la cabeza dejaron atrás la puerta de la iglesia. Entonces oyó una voz que conocía bien que le decía: «¡Cobarde!». En cuanto le fue posible fue a ver al Padre Pío.

El Padre, en cuanto le vio, se echó a reír; después, con el rostro serio, le dijo: «Por esta vez te has librado; pero si lo vuelves a hacer, sentirás una colleja».

Yo tenía un aprecio especial hacia un hermano de mi congregación, don Francesco Testi. Era de Módena como yo y nos conocíamos desde la universidad. Habíamos luchado juntos en la guerra. Era hijo de Mamma Nina, muy conocida en la zona de Módena, como también su tío don Zeno Saltini. Iba a menudo a ver al Padre Pío, quedándose algún tiempo, por lo que el padre le conocía bien. Cuando fue ordenado sacerdote, en 1952, fue a celebrar la primera misa en la capilla de su madre, fundadora de una obra de caridad. El día después celebró en Motta di Cavezzo, en una pequeña capilla donde había también una religiosa anciana, sor Erminia, muy buena. En un determinado momento de la celebración, la religiosa se puso a batir palmas, con gran alegría. Cuando acabó la misa le pidieron la razón de su actitud y ella respondió cándidamente: «Porque estaba el Padre Pío. ¿No le habéis visto?». Estaba presente el Sr. Cremonini, ingeniero y uno de los fieles seguidores del Padre Pío. Esa misma noche emprendió el viaje a San Giovanni Rotondo y a la mañana siguiente se acercó al fraile: «Padre, ayer don Francesco Testi ha celebrado la primera misa en la Motta». Y el Padre Pío: «Lo sé. ¡Yo también estaba!».

## ***LOS GRUPOS DE ORACIÓN***

Es importante recordar otro hecho, que empezó a verificarse de manera espontánea. A menudo había hijos espirituales del Padre Pío que vivían en una misma ciudad, o muy cerca. Empezaron a reunirse. Hablaban sobre el Padre Pío y sus experiencias, pero sobre todo rezaban. Es más, al cabo de un tiempo se reunían sólo para rezar.

Nacieron así los primeros grupos de oración, mucho antes de que el Padre los

animara expresamente. O, por lo menos, fueron la semilla de los futuros grupos de oración.

Fueron los grupos de los hijos espirituales los que animaron las fechas dichosas de la vida del Padre Pío, también cuando las condiciones eran adversas a causa de los dos decenios tremendos por los que atravesó el padre. Las fechas dichosas habrían pasado inobservadas si no hubieran sido celebradas por el número cada vez mayor de los hijos espirituales que acudían a ver al padre. La primera de estas fechas fue el 10 de agosto de 1935, bodas de plata sacerdotales del Padre Pío. Era precisamente uno de los dos periodos negros. Se prohibió todo tipo de celebración especial: misa cantada, beso de la mano, canto del *Te Deum*, como se acostumbraba en circunstancias similares. Pero la pequeña iglesia estaba hasta los topes de fieles. Lo mismo sucedió el 22 de enero de 1953, en que se celebraba el 50 aniversario de la vestición religiosa del padre. Era el periodo del «segundo decenio negro». Sólo se permitió una estampita recordatorio, cuyo texto, dictado por el Padre Pío, empezaba así: «Cincuenta años de vida religiosa, cincuenta años clavado en la cruz...». En compensación, estaba presente un gran número de hijos espirituales.

En lo que respecta a los grupos de oración, podemos decir que un gran impulso se dieron las palabras del Papa. Pío XII, sobre todo a partir de 1947, insistió sobre la necesidad de la oración. El Padre Pío se sintió en la obligación de responder a los llamamientos del Papa y en los años 48-49 animó con decisión la formación de estos grupos que, el 12 de septiembre de 1959, en concomitancia con el Congreso Eucarístico Nacional, celebraron en Catania su primer congreso nacional.

El día siguiente, 13 de septiembre, se pronunció finalmente la consagración de Italia al Corazón Inmaculado de María: la radio y la televisión transmitieron en directo este acontecimiento prestando gran atención a todos los detalles, al que siguió el mensaje por radio de Juan XXIII. Subrayo estos acontecimientos, de los que formé parte, porque los grupos de oración del Padre Pío dieron una gran contribución con sus oraciones. Fui testigo de ello cuando me

entregaron una serie de volúmenes que yo confié al templo de Trieste, construido a propósito para recordar ese acontecimiento.

El 5 de mayo de 1966 se unieron dos celebraciones: el decenio de la inauguración de la Casa Sollievo della Sofferenza y el segundo congreso internacional de los grupos de oración. El Padre Pío habló a los «grupos difundidos en todo el mundo» y les instó: «Nos debemos reunir periódicamente para la oración en común. La sociedad presente no reza, por eso se rompe en mil pedazos». En los últimos días de su vida, el Padre Pío tuvo la satisfacción de oír a Pablo VI reconociendo formalmente a los grupos de oración.

Otras celebraciones dichosas de la vida del padre fueron animadas por sus hijos espirituales, a pesar de las tormentas injustas que se estaban desencadenando contra él. El 10 de agosto de 1960 era otra fecha muy esperada, las bodas de oro sacerdotales del Padre Pío. En la nueva y gran iglesia, llena hasta los topes con casi 7.000 fieles, asistieron a su misa tres obispos y las máximas autoridades de la provincia y el ayuntamiento. Por la noche hubo incluso una alegre procesión de antorchas.

Por fin una fiesta como era debido. Llegaron mensajes de felicitación de hombres de gobierno, de cardenales y obispos. Entre ellas, una carta de felicitación del cardenal de Milán, el futuro Pablo VI.

### ***MEJOR QUE UN FAX***

¿Cómo conseguían comunicarse con el Padre Pío muchos de sus hijos espirituales? Estaban los métodos habituales: confesarse o ser recibidos en el locutorio (para quienes tenían que hablar de cosas importantes y que ya eran muy conocidos), decirle algo mientras pasaba, escribirle, hacer que un fraile o alguien que le veía con frecuencia le transmitiera el mensaje deseado...

Pero también había otro método, que muchos han experimentado y que también yo experimenté; un método más rápido que el telegrama o el fax actual, que entonces no existía: recurrir al propio ángel custodio. Este tema merecería, por sí solo, ser tratado aparte. Se han escrito libros al respecto. Es un hecho que cuando no conseguían acercarse al padre, o por la distancia o por la gran multitud de personas, muchos se dirigían con fe al ángel custodio del Padre Pío o al suyo propio y... el mensaje llegaba puntual.

Me limito a narrar un episodio que nadie conoce. Vittoria Brenna, hija espiritual del Padre Pío y mujer de Angelo Battisti, del que hablaremos en relación con la Casa Sollievo della Sofferenza, tenía en Roma un confesor capuchino, el padre Pío de Mondreganes, español. Este deseaba ir a ver al Padre Pío, pero nunca había conseguido el permiso. Durante un periodo fue enviado a Cosenza para que llevara a cabo su ministerio. Antes de volver a Roma dijo esta oración: «Si es verdad, como se dice, que nuestro ángel custodio conoce al Padre Pío y le lleva nuestros mensajes, que le diga que estoy en el sur de Italia y que me gustaría ir a verle». El mismo día el superior del convento de Cosenza le propuso: «Antes de volver a Roma, ¿quieres ir a San Giovanni Rotondo?». Aceptó con entusiasmo y el día siguiente ya estaba de viaje. Cuando se acercó al Padre Pío, al final del encuentro, le preguntó: «Padre, ¿le ha venido a ver mi ángel custodio?». El Padre Pío respondió: «Sí, ha venido una vez, desde Cosenza».

Creo que el Padre Pío recibió la misión de recordarnos vivamente todos los misterios de la fe: la pasión redentora del Señor y su misericordia; la existencia del paraíso, el infierno y el purgatorio y, también, la existencia de los ángeles, en especial de nuestro ángel custodio, que nos asiste veinticuatro horas al día con enorme desvelo y en el que nosotros tal vez no pensamos nunca.

## **EL PRIMER DECENIO DE TRIBULACIONES 1923-1933**

Muchas veces nos olvidamos de que donde hay criaturas humanas también hay defectos humanos. Uno de estos defectos es el fanatismo. Lo encontramos continuamente alrededor de personas que por los más variados motivos despiertan entusiasmo. Lo encontramos alrededor de Jesús y de muchos santos; lo encontramos junto a actores y hombres políticos, cantantes y deportistas. No se puede matar al hombre porque tenga defectos; no se puede suprimir un movimiento porque contenga algún elemento perturbador. Y es todavía peor cuando, para castigar a los exaltados, se daña a un inocente. Se cree que así se extirpa el mal desde su raíz; sin embargo sucede lo que Jesús aplicó a sí mismo: «Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas».

¿Han intentado destruir al Padre Pío? Dejemos que hablen los hechos. Empezaron en junio de 1922, cuando al Padre Pío le quitaron a su padre espiritual, el padre Benedetto, prohibiendo cualquier tipo de relación entre los dos, oral o escrita. Sabemos que el padre Benedetto fue durante doce años, de 1910 a 1922, un óptimo director espiritual, sabio y prudente. Todavía hoy cuesta trabajo comprender los motivos de esa decisión, que resulta injustificada.

El padre Benedetto siempre había tenido, y siguió teniendo, toda la confianza de sus superiores y hermanos.

Está claro que al único que quisieron hacer daño fue al Padre Pío, privándole de una ayuda y una guía inestimables.

Luego, las disposiciones en contra del padre se fueron volviendo cada vez más duras. El 31 de mayo de 1923 el Santo Oficio declaró que había abierto una investigación sobre los hechos (¿cuáles? Nunca lo ha sabido nadie) que se atribuían al Padre Pío, para llegar a la conclusión de que «no había pruebas sobre el carácter sobrenatural de los mismos». Pero luego viene lo mejor, el punto al que se quería llegar a toda costa. Ordenaron el traslado del Padre Pío y le prohibieron decir misa en público. Casi estalla una revuelta popular; muchas veces la sensibilidad del pueblo ve mucho más claramente que las autoridades religiosas. De acuerdo con las autoridades civiles, se organizaron para vigilar el convento noche y día, y así impedir el traslado del padre. El alcalde convenció al provincial de los capuchinos para que se saltara esas disposiciones; el 26 de junio los superiores animaron al siempre obediente Padre Pío a que celebrara de nuevo la misa en público. Mientras tanto, se sabía que el superior general de los frailes había ordenado el traslado del Padre Pío a un convento apartado en las Marcas; había aconsejado prudencia y determinación, pero no había fijado la fecha. La disposición fue posteriormente suspendida. En compensación, el Santo Oficio, el 24 de julio de 1924, exhortaba a los fieles a que se abstuvieran absolutamente de visitar y escribir al Padre Pío.

¡A saber cuántos delitos cometían en la iglesia de Santa María de las Gracias, y qué daño espiritual provocaban las cartas del Padre Pío! Pero esta era la disposición.

Y aún hay más. El 23 de abril de 1926 el Santo Oficio declaraba «prohibido» el libro

de Giorgio Berlutti sobre el padre y declaraba que «era un deber de los fieles no ir a visitar al Padre Pío».

El 11 de julio de 1926 el Santo Oficio emitía la misma condena contra el libro de Giuseppe Cavaciocchi y repetía la misma admonición a los fieles: ¡No visitéis al Padre Pío! El 22 de mayo de 1931, el Santo Oficio dictaba la misma condena para el libro de Alberto Del Fante, y repetía la admonición a los fieles: nada de visitas ni cartas.

Se llegó así al triste 31 de mayo de 1931, cuando le quitaron al Padre Pío las facultades del ministerio: le prohibieron celebrar en público, aunque le permitieron que celebrara en privado, dentro del convento, y, sobre todo, le prohibieron que confesara.

Cuando, algunos días después, el padre Raffaele tuvo el doloroso encargo de comunicarle el decreto del Santo Oficio, el Padre Pío contestó sencillamente: «Hágase la voluntad de Dios». Durante más de dos años vivió como un prisionero (esta era su impresión). Fueron años de mucha oración y gran sufrimiento. A los hermanos que le dirigían palabras de consuelo, les contestaba: «Soporto el dolor de esta prueba por las almas».

Fueron años tremendos, durante los cuales no supo cuánto tiempo duraría tan grave castigo; desconocía los motivos; nadie le había acusado de ninguna falta y nadie le había dado la posibilidad de disculparse o de expresar su opinión.

Y, sin embargo, aún tenía la fuerza de mostrarse alegre con sus hermanos, para no hacerles pesar su cruz. Se sentía «como en la cárcel», pero se lo ofrecía todo a Dios, animado por la convicción de que ello también formaba parte de su «importante misión».

Mientras tanto, fuera se enfurecía la tormenta. La prensa no se callaba y mucho menos la gente. Necesitaban descubrir los motivos; y si no se conocían, siempre había alguien que tenía la habilidad de inventárselos. Se hablaba de acusaciones sobre las donaciones que le entregaban o le mandaban, y que él entregaba puntualmente al superior, indicando también la intención del oferente. Incluso se decía que había mujeres que entraban en la iglesia por la noche, y a saber lo que pasaba ahí dentro. Además proliferaban las cartas anónimas. Ni que decir tiene que, independientemente de los chismorreos, el malhumor popular era inmenso, tanto que hasta el alcalde le pidió al prefecto que interviniera ante la Santa Sede.

No es fácil reconocer las causas de estos hechos, sobre todo si uno no quiere ser polémico. En este libro procuro no serlo, porque lo que me importa es poner de relieve la persona del Padre Pío; no me interesan los demás. Pero también tendría que decir algunas cosas para ilustrar estos hechos. Es bien sabido que las informaciones procedentes del obispo de Manfredonia, monseñor Pasquale Gagliardi, fueron negativas; pero, por caridad cristiana, prefiero no hablar de este obispo.

No cabe duda de que Pío XI estaba muy influido por la opinión duramente negativa del padre Gemelli, por el que sentía una gran estima. Desde luego este hecho tuvo un gran peso; asimismo el Santo Oficio actuaba según las informaciones que tenía, pero también obedecía a las disposiciones que recibía.

Sobre el comportamiento del padre Gemelli me gustaría decir un par de cosas. Entre otras cosas porque le he conocido; tenía la fuerte personalidad del converso y ha dejado

una profunda huella gracias a la fundación de la Universidad Católica del Sagrado Corazón, los Institutos Seglares y sus estudios.

Le estoy también personalmente agradecido por el empeño que puso para que yo fuera asistente espiritual en su Universidad.

De él me dio un buen juicio alguien que le conocía muy bien, el cardenal Antonelli: «El padre Gemelli tiene unos defectos tan evidentes que se ven a un kilómetro; pero su amor por Jesús es tan grande que se le perdona todo». Y sólo teniendo en cuenta su carácter particular se puede entender su obstinada actitud contra el Padre Pío y su insistencia en afirmar que había analizado los estigmas, a pesar de que no llegó a verlos nunca, porque no tenía la autorización del Santo Oficio que el padre estaba obligado a pedir.

En el padre Gemelli convivían unas virtudes heroicas y unos grandes defectos, debidos a su temperamento natural; intentaba corregirse, cuando se daba cuenta y hasta donde podía. Me alegraré mucho si le elevan a la gloria de los santos; además, así los caracteres difíciles sabrán que pueden alcanzar la santidad.

## ***LA REHABILITACIÓN***

Puede que el Padre Pío no haya sabido jamás por qué le condenaron y por qué le absolvieron y rehabilitaron; así como puede que nunca haya entendido los motivos humanos que le dejaron en San Giovanni Rotondo, en contra de las órdenes para su traslado. Por su parte, él aceptaba cualquier disposición de las manos de Dios, y no se cansaba de repetir que, para él, la voluntad de los superiores expresaba la voluntad divina. Su personal serenidad y espíritu de obediencia estaban en claro contraste con la tormenta desencadenada fuera del convento por unas almas doloridas, o por unos espíritus exacerbados y perversos.

Como ya hemos visto, desde que empezó lo que hemos llamado «el primer decenio de tribulaciones», se hablaba de alejar al Padre Pío de San Giovanni Rotondo.

El 30 de julio de 1923, el superior general de los capuchinos escribió la orden de traslado. El padre Luigi, que tuvo la ingrata tarea de comunicarle al padre dicha orden, oyó como este le respondía lleno de candor: «Aquí me tiene, a sus órdenes. Podemos irnos enseguida». Pero era medianoche y, además, la orden de traslado no sólo no fijaba el día, sino que el superior general se reservaba la tarea de establecer cuándo debería ejecutarse la orden. Este segundo comunicado no llegó nunca, aunque sí lo hicieron las diferentes disposiciones que hemos enumerado.

¿Cómo se produjo la rehabilitación del Padre Pío? Seguramente coincidieron varios elementos. El más importante habría que buscarlo en la iniciativa de algunos obispos capuchinos que, evidentemente, tenían en gran estima a su hermano y querían tener una

visión clara de estas sanciones. Se movió con mucho interés monseñor Andrea Giacinto Longhin, obispo de Treviso, y, con él, monseñor Cornelio Sebastiano Cuccarollo, obispo de Bovino.

A este último, como se encontraba cerca de San Giovanni (Bovino está en la provincia de Foggia), se le encargó que averiguara la verdad de las acusaciones dirigidas al Padre Pío. Desempeñó su tarea con mucha meticulosidad; sus conclusiones fueron tan evidentes que se las refirió directamente a Pío XII. El Papa se quedó convencido de lo infundado de las acusaciones y revocó las prohibiciones, tanto la relacionada con las misas en público como la de las confesiones.

Se había añadido además, a favor del Padre Pío, la investigación promovida por el propio Santo Padre que, evidentemente, albergaba motivos de duda. Se la encargó a monseñor Luca Ermenegildo Pasetto, obispo de Gera, ayudado por monseñor Felice Bevilacqua. No menos activo fue don Orione, admirador del Padre Pío, que había adquirido un buen conocimiento de los hechos y ejercía un importante ascendiente sobre algunos eminentes eclesiásticos.

No sabría decir con seguridad cómo fue de grande y positiva la aportación de otras personas, en especial de Emanuele Brunatto, las cuales, escandalizadas por el injusto trato dado al Padre Pío, quisieron intervenir enérgicamente, amenazando con un escándalo por medio de la prensa. Prefiero no ir más allá para no crear una polémica.

De lo que me interesa hablar es del comportamiento del Padre Pío frente a estos intentos: se opuso con todas sus fuerzas, demostrando claramente su absoluta contrariedad, suplicó que no siguieran por ese camino, sino que se fíaran del Señor y de sus instrumentos, las autoridades eclesiásticas.

Mientras tanto, se había producido un cambio que en muchos casos resultó providencial. Para guiar la diócesis de Manfredonia, el 25 de marzo de 1933 nombraron obispo a monseñor Andrea Cesarano, un óptimo prelado que llevó la diócesis hasta 1967. En ese período, gracias a Pío XI, le restituyeron sus facultades al Padre Pío, si bien con cuentagotas para lo que esperaban los fieles: terminada «la prisión», que había iniciado el 11 de junio de 1931, el 16 de julio de 1933 el padre volvió a celebrar en la iglesia; el 25 de marzo de 1934 le permitieron que confesara a los hombres y el 12 de mayo, a las mujeres. ¡Después de tres años!

Os podéis imaginar la alegría del pueblo de San Giovanni y cómo empezaron a acudir inmediatamente los fieles desde todas las partes del mundo. El padre retomó su normal ritmo de vida, como si no hubiera pasado nada: altar y confesionario, además de mucha oración. Comía y dormía muy poco; los hermanos nunca entendieron de dónde sacaba las fuerzas. Y, sin embargo, parecía incansable, y la afluencia de gente fue tan grande que, a partir del 7 de enero de 1950, tuvieron que recurrir al sistema de las reservas.

## UNA CASA PARA LOS QUE SUFREN

En el cristianismo encontramos una especial sensibilidad hacia el sufrimiento de los hermanos, sobre todo los enfermos. Pensemos en las curaciones realizadas por Jesús y en el premio prometido: «Estaba enfermo y me visitaste»; pensemos en la fundación de las órdenes hospitalarias y en la construcción de los hospitales, nacidos casi todos de obras pías. Para el alma sensible del Padre Pío diría que había dos motivos muy importantes que alimentaban esta sensibilidad, en su corazón ya de por sí abierto a las necesidades de los hermanos. Había, por un lado, una experiencia personal y, por el otro, el continuo contacto con las personas que, directamente o por correo, le hablaban de sus enfermedades y le pedían ayuda.

Y hay que añadir la desolada situación de la tierra que circundaba al padre, una vasta zona carente de asistencia médica, desde los pantanos de la llanura hasta las colinas rocosas del Monte Gargano.

Podemos decir que el Padre Pío siempre estuvo enfermo. Débil desde que era un niño, llevó adelante sus estudios con dificultad a causa de su salud; hemos visto que tuvo que pasar siete años fuera del convento, en Pietrelcina, y hemos conocido las altas fiebres que hacían enloquecer a los médicos y que, en la época del servicio militar, le valieron la baja.

La fiebre alta le causaba unos dolores agudos y varias veces le obligó a guardar cama, impidiéndole incluso celebrar misa.

Prácticamente toda su vida padeció de tos, cólicos, artritis y otros dolores, a veces inexplicables para los médicos. Los trastornos se intensificaron durante el último decenio, cuando llegaba a la noche completamente falto de fuerzas, preparado para acoger a la «hermana muerte».

En los últimos años, cuando andaba, casi se arrastraba; daba verdadera pena verle subir las escaleras. A partir de marzo del 68 se vio obligado a usar una silla de ruedas para poder desplazarse.

Tremendamente castigado por el sufrimiento en su propia carne, era muy sensible a las enfermedades de los demás, que le asediaban casi continuamente: se confiaban a él en el confesionario, por la iglesia o en los pasillos, en los breves encuentros, o por medio de montones de cartas. Se había convertido casi en una costumbre que, cuando ya no se podía hacer nada por un enfermo, se recurriera al Padre Pío.

Recuerdo que hicimos así por mi padre, cuando los médicos no nos dieron más esperanzas. El padre sentía tanta compasión por los enfermos que habría querido tomar para sí todas las enfermedades. Pero esto no era posible, como no lo era evitarle el dolor a la humanidad. Pero sí era posible darle algún alivio.

En esta posibilidad, la de dar un alivio a los enfermos y llevar una ayuda a esa zona tan escasa de asistencia médica, el Padre Pío venía ya pensando desde 1922, animado también por las donaciones que recibía, dirigidas «a ayudar». Pero fue en 1940 cuando sus primeros y vagos deseos tomaron una forma determinada y concreta. Aquí es

necesario que recordemos a tres de sus hijos espirituales, que desempeñaron un importante papel en la puesta en práctica de los proyectos del Padre Pío. Era tanto el cariño que les unía al padre, que prácticamente vivían a su lado de forma casi estable.

Ellos son: el farmacéutico Carlo Kisvarday, de Zadar; el médico Guglielmo Sanguinetti, de Parma y el ingeniero agrónomo Mario Sanvico, de Perugia. Se convirtieron enseguida en los principales consejeros y ejecutores del gran proyecto.

El 9 de enero de 1940, el Padre Pío tomó la iniciativa con decisión. Llamó a estos hijos fieles y les dijo claramente que desde esa tarde empezaría una gran obra terrenal, que seguiría existiendo y desarrollándose después de su muerte: había que hacer algo por los enfermos del Gargano, y no sólo por ellos. Les aseguró que allí mismo, al lado de la pequeña iglesia de las Gracias, iba a levantar un gran hospital.

En cuanto se divulgó la noticia de esta decisión del Padre Pío, empezaron a llover donaciones de todas partes: desde una pequeña donación, tipo el óbolo de la viuda, hasta las ricas donaciones de quienes disponían de grandes medios financieros. El entusiasmo fue tan grande que a algunos les entró el miedo de que fuese un momento efímero que podría acabarse pronto. Sin embargo, los fondos siguieron llegando, lo que permitió llevar a cabo esa obra que parecía imposible.

Me acuerdo de la cantera, a la derecha de la iglesia, por la que trepaba como una gamuza para contemplar el panorama desde lo alto. Es verdad que me gustaba subir a la parte más escarpada, cerca de la iglesia, donde ahora está el monumento al Padre Pío, la ancha escalinata y, arriba, el Vía Crucis. Pero cuando miraba más allá, en dirección al pueblo, no entendía cómo iban a poder allanar esa pendiente rocosa y crear el espacio necesario para un gran complejo hospitalario. Pues porque el Padre Pío quiso hacer precisamente las cosas a lo grande, con una amplitud de miras que no podía venir del pobre muchacho de Pietrelcina. Jamás había visto una obra semejante en su vida; es muy probable que el Señor se lo enseñara en una visión.

En 1946 se constituyó la sociedad que debía dirigir el proyecto. ¿Cómo iban a llamarla y cómo iban a llamar a la nueva construcción? El Padre Pío no tuvo dudas: «Casa Sollievo della Sofferenza». No quería que se hablase de hospital o de clínica; una casa, un término familiar que recuerda el hogar doméstico. Y la finalidad: dar alivio a los que sufren, un alivio dirigido lo primero de todo a las almas y luego a los cuerpos. Fue una obra de Dios y de la caridad humana, puesto que fue posible gracias a las donaciones que llegaban de todo el mundo.

Como era una obra de Dios y fruto de la caridad, el Padre Pío quería que fuera un instrumento para transmitir el amor de Dios a los enfermos y a todos los que trabajaran en esa casa. ¿Y a quiénes había que dar la preferencia, si se puede hablar de preferencia cuando se trata de personas que tienen en común el dolor? También aquí el Padre Pío fue claro: «Esta casa es ante todo para los enfermos pobres». Pero quería que todos fueran tratados igual, con caridad fraternal.

Muchas veces el enfermo en los hospitales se siente más una cosa que una persona,

se siente un número. Ya no es el señor X o la señora Y, sino la cama nº 32. Aquí no; aquí el enfermo debía sentirse un hermano cuidado por otros hermanos.

Hubo un período en el que iba con frecuencia a visitar la Casa. Eran los años en los que tenía a varios amigos entre los frailes, además del lógico y principal deseo de ver al Padre Pío. El superior, el padre Carmelo, era amigo mío; pero aún lo era más el padre Mariano y un viejo fraile de la provincia de Salerno, el padre Clemente, que tenía una mirada de niño en sus ojos azules. Un día se lo dije: «Estoy bien aquí, con vosotros». Me contestó con sencillez: «Qué quieres, es la gracia de Dios». También era amigo de un cirujano emiliano, que había dejado el hospital de su ciudad para establecerse allí, en San Giovanni. Le pregunté si alguna vez se había encontrado en dificultad durante el desarrollo de su delicada profesión. Me contestó: «¡No! Aquí, cuando estoy indeciso entre operar o no, se lo pregunto al Padre Pío y siempre me da la solución justa».

Pero he ido demasiado deprisa. En 1947 se puso la primera piedra de la nueva construcción. Parecía una locura y, sin embargo, fue un milagro de caridad y talento. No puedo no recordar a otros dos artífices de la empresa, a los que conocí personalmente: el ingeniero Luigi Ghisleri, proyectista del primer majestuoso edificio, con sus características columnas en la fachada que le dan un toque de algo sagrado, como una catedral. Y también pienso en el constructor Angelo Lupi y su infinita inventiva frente a cualquier dificultad.

Angelo Lupi me recuerda a otro Angelo, Angelo Battisti, que cubría un puesto de gran responsabilidad en la Secretaría de Estado, en el Vaticano, y que en 1957 fue llamado por el Padre Pío para que fuera su procurador; fue el primer presidente y primer administrador de la Casa. Tuve ocasión de conocerle al final de su vida, cuando tuvo que cargar con una pesada cruz como purificación de su santa existencia. Podemos decir que también esta vez, como el Padre Pío, el Señor se sirvió del diablo para santificar un alma: efectivamente, sufrió una larga posesión diabólica.

El 5 de mayo de 1956, dieciséis años después de su inicio, se inauguró con una ceremonia muy solemne. Parecía imposible que esa agreste cantera, que ofrecía una visión muy fría del ambiente, verdaderamente desoladora, presentara ahora un edificio de una belleza encantadora. A continuación se levantaron otras construcciones y se añadieron nuevas salas a las primeras proyectadas.

Con sus modernos equipos, se convirtió en uno de los mejores hospitales de Europa, sin perder su carácter de casa de acogida fraterna. También se abrió, para cubrir otras necesidades, una casa de reposo para los ancianos.

Han pasado treinta años desde la muerte del Padre Pío, pero no han dejado de hacerse ampliaciones y mejoras varias.

¿Este resultado increíble supuso un triunfo para el Padre Pío? Podemos decir que la ejecución de este grandioso proyecto se maduró durante años de enorme martirio; maduró precisamente durante ese segundo decenio negro del que, aunque sea doloroso, es necesario hablar.

No en vano san Pablo escribió a Timoteo: «Todos los que quieran vivir

piadosamente en Cristo Jesús serán perseguidos» (2 Tm 3, 12).

Se levantaron muchos monumentos al Padre Pío, en Italia y el extranjero; y seguirían erigiéndose más posteriormente. Pero creo que su verdadero monumento es la Casa Sollievo della Sofferenza. Es un monumento nacido de la caridad y construido con la caridad. Precisamente el Padre Pío siempre la ha considerado una «obra de la divina Providencia».

Con mucha agudeza, Pío XII intuyó su profundo significado cuando afirmó el 8 de mayo de 1956: «La Casa Sollievo della Sofferenza está llamada a introducir en el cuidado de los enfermos una concepción profundamente humana y al mismo tiempo sobrenatural»; y seguía afirmando que esa Casa era «fruto de una de las más elevadas intuiciones, de un ideal largamente madurado y perfeccionado en contacto con los más variados y crueles aspectos del sufrimiento moral y físico de la humanidad».

No hay duda de que esa Casa, también desde un punto de vista estético, resultó una verdadera obra maestra, lo que era imposible de imaginar antes, observando esa colina rocosa y árida. Parecía una locura cuando empezaron las obras; ahora dicen que fue un milagro. Sin duda le dio un aspecto nuevo a la zona. Ya no era una desolada colina, sino un majestuoso monumento de suaves colores: la fachada está revestida de losas de piedra de Trani, de un tono rosa pálido. Y el doctor Sanguinetti tuvo una idea verdaderamente genial cuando decidió rodear el edificio con diez mil árboles, pinos en su mayoría, distribuidos con buen gusto. Quienes me lean entenderán bien cómo la actual belleza de la Casa y todo lo que la adorna hace irreconocible el ambiente a los que lo habían visto anteriormente.

## **EL SEGUNDO DECENIO DE TRIBULACIONES 1952-1962**

No le tengo manía al Santo Oficio, pero es un hecho que, ya sea por las informaciones recogidas o por las órdenes recibidas, las desgracias del Padre Pío siempre vinieron de ahí. El 11 de marzo y el 8 de abril de 1952, el Santo Oficio denunció al superior general de los capuchinos unas cuantas cosas inconvenientes encontradas en San Giovanni Rotondo. El 30 de julio del mismo año, un decreto del Santo Oficio prohibía ocho libros publicados sobre el Padre Pío. En el mes de mayo, y luego durante los años siguientes en varias ocasiones, se prohibió a los religiosos que divulgaran escritos sobre el padre o imágenes del mismo, y también se prohibió organizar peregrinaciones a San Giovanni.

Recuerdo que en esos años algunos amigos míos capuchinos, de distintas partes de Italia, me decían que les habían prohibido visitar al Padre Pío; incluso las autoridades diocesanas, si un párroco organizaba una excursión para ir allí, le miraban mal o directamente le regañaban.

Hay que añadir que, de 1952 a 1963, hubo una rápida sucesión de superiores en el convento y la provincia de Foggia, a la que se unió el traslado de frailes de una provincia a otra. Todos estos desplazamientos fueron impuestos por las autoridades, lo que causó gran dolor al Padre Pío, aunque a él no le afectara directamente. Luego empezaron con las disposiciones en su contra.

En 1954 le prohibieron que se ocupara de los problemas surgidos entre los miembros de la Casa; quienes saben lo que significaba para él la Casa se pueden imaginar el sufrimiento del padre al no poder ocuparse de esas cosas.

En 1960 le obligaron a no recibir a mujeres fuera del confesionario, por ningún motivo; ¿qué acusaciones se escondían contra el viejo fraile, detrás de una prohibición tan drástica? ¡Ya no podría confesar en la sacristía a esa hija espiritual anciana y casi completamente sorda!

Después, ese mismo año de 1960, dio comienzo la desastrosa visita apostólica (ordenada por el papa Juan XXIII) de monseñor Carlo Maccari. No hay que maravillarse si más tarde el escultor Messina, en el estupendo Vía Crucis que se ofreció a esculpir, puso el rostro del Padre Pío en la figura del Cirineo.

Es verdad que el ambiente fervoroso también contenía elementos de fanatismo, del que ya hemos hablado. Es verdad que se producían algunos desórdenes cuando la gente hacía las reservas para las confesiones. Y cuando se abría la iglesia, la gente se precipitaba dentro de manera caótica para ocupar los puestos mejores, cerca del altar. Entonces ya llegaban grandes masas a San Giovanni; los capuchinos hacían lo que podían y no dudaron en alejar, cuando fue necesario, a personas demasiado facinerosas o a elementos que, con la excusa de organizar el ajetreo, aumentaban el caos. El mismo Padre Pío tuvo que hacerse oír en bastantes ocasiones.

Muchas veces, también en el pasado, cuando salía de la sacristía vestido con los ornamentos sacerdotales para decir misa, la gente se le echaba encima para cogerle las

manos y besárselas; él se protegía como podía, defendiéndose con los codos. En esas mismas circunstancias era muy común que, en cuanto aparecía, se elevara un murmullo para saludarle y él pegara cuatro gritos («¡Silencio! ¡De rodillas!»), para restablecer el orden. Recuerdo lo que me contaba un amigo mío capuchino, el padre Michelangelo, un predicador muy solicitado aún hoy en día, a pesar de lo avanzado de su edad. Era muy amigo del Padre Pío y hablaba con él con mucha confianza. Un día le dijo: «¿Te parece bonito empezar la misa enfadado, dando esos gritos?». Y el Padre Pío: «¿Y quién está enfadado? Yo no me he enfadado jamás. Sólo lo hago para imponer silencio».

En esa época se produjo otro hecho grave que empeoró la situación. Entre los años 1955 y 1958, el banquero Giambattista Giuffré se declaró en quiebra y, con él, los capuchinos de muchas casas, incluido el obispo de Padua, monseñor Bordignon, que le habían confiado un montón de dinero. Por otra parte, se sabía que el Padre Pío recibía abundantes donaciones para construir la Casa Sollievo della Sofferenza. Era muy fuerte la tentación de utilizar ese dinero para cubrir los agujeros económicos causados por el hundimiento del banquero.

Pero el Padre Pío fue inflexible: el dinero que llegaba como donación debía emplearse según las intenciones de los donantes. Y como él, también fueron inflexibles otros sacerdotes, que recibían donaciones para llevárselas al Padre Pío, a costa de sufrir sanciones canónicas.

Sin embargo, estos hechos también sirvieron para crear más confusión y hacer nacer la sospecha de que el dinero enviado al Padre Pío no llegaba a su destino.

### ***SANCIONES DISCIPLINARIAS***

De la sospecha se pasó a los hechos, y de la manera más odiosa y pecaminosa. Se tomaron medidas injustas contra algunos religiosos y sacerdotes, y al Padre Pío le empezaron a controlar sus entrevistas privadas. Llegaron a colocar micrófonos en el locutorio donde recibía a la gente y se ha sospechado que incluso en el confesionario. Es un hecho que dos periodistas, Chiocci-Cirri, escribieron tres volúmenes titulados: *P. Pio, storia di una vittima (El Padre Pío, historia de una víctima)*, en los que llegaron a acusar al Santo Oficio de haber ordenado que pusieran los micrófonos. Los volúmenes reproducen textos de confesiones, con la declaración autógrafa de las personas implicadas: «Declaramos que hemos dicho estas cosas al Padre Pío en confesión, y sólo en confesión». Pero estas graves acusaciones fueron desmentidas. Y es cierto que el propio Padre Pío, cuando estaba hablando con un hijo espiritual suyo, se dio cuenta de que había un micrófono escondido en el locutorio y exclamó: «¡Hasta este punto hemos llegado!». Si en el primer decenio de tribulaciones se sintió prisionero durante tres años, suspendido del ministerio que era su misión, esta vez se sintió espiado, como el peor de los delincuentes.

Deseo comentar algo sobre este grave hecho, ya que además he hablado con Chiocci, un famoso periodista; con Cirri no, porque ya había muerto. Siento que en ese triste asunto también se viera envuelto otro buen amigo mío, monseñor Umberto Teremi, merecedor de elogio por el impulso dado al santuario romano del Divino Amor. Pero

monseñor Umberto era así: si recibía una orden de sus superiores, su obediencia era total. Yo diría que se quedó atrás en el tiempo. También a nosotros, los religiosos, que tenemos el voto de obediencia, se nos hablaba de obediencia ciega; en cambio ahora, en el documento del Vaticano II referido a los religiosos, se habla de obediencia activa y responsable. En cuanto a los micrófonos, no me parece posible que los pusieran en el confesionario. Los pusieron en el locutorio, eso es seguro. Pero a veces podía suceder que los hijos espirituales, cuando iban a hablar con el Padre Pío, aprovecharan la ocasión para pedirle que les confesara. Como si esto no fuera suficiente, se añadieron otras sospechas y otras acusaciones. Por ejemplo, se corrió la voz de que no se sabía bien en qué manos habían terminado las cartas –una auténtica montaña– que mandaban al Padre Pío, a veces dirigidas al convento y otras veces a la Casa Sollievo della Sofferenza, y que muchas veces contenían donaciones. Todo hacía pensar en un ataque de Satanás contra la gran obra de la Casa; tal vez era un intento para interrumpir las obras o, incluso, detenerlas definitivamente.

El hecho es que las disposiciones dadas por el visitador apostólico, monseñor Maccari, no pudieron ser más odiosas e inoportunas. Pensemos en el cancel de hierro, que aún sigue allí, alrededor del confesionario del Padre Pío: para los que estaban acostumbrados a esos lugares, parecía realmente una prisión. Y luego emitieron la prohibición a los obispos y sacerdotes de ayudar al padre en misa; no creo que en la historia de la Iglesia haya existido nunca semejante prohibición.

Y peor todavía: se le impuso al padre que celebrara la misa en treinta minutos, como mucho cuarenta. Esto ya fue el colmo de la ignorancia y de la incomprensión hacia lo que era la misa del Padre Pío desde los primeros años, cuando en Pietrelcina empleaba cuatro horas en la celebración.

Y, sin embargo, en medio de todo este barullo, el Padre Pío, aunque se sentía muy amargado en su interior, siempre estuvo decididamente de parte de las autoridades eclesíásticas. A los que le decían que le habían tenido preso y que le habían espiado, les respondía que se sentía muy libre; a los que denunciaban que estas disposiciones le habían puesto detrás de las rejas, les respondía que lo habían hecho para protegerle. Y pobre del que se atreviera a decir en su presencia algo en contra de las autoridades eclesíásticas y de las disposiciones del obispo visitador.

Pero debemos admitir dos excepciones. La primera, cuando descubrió el micrófono; ahí fue cogido de sorpresa y no pudo ocultar su disgusto. La otra excepción concierne a la duración de la misa; le confió a su superior, casi llorando: «El Señor sabe que yo querría hacer como los demás, pero no lo consigo. En ciertos momentos no soy capaz de seguir adelante, siento que voy a caerme y tengo que pararme. Haré todo lo que pueda».

Llegados a este punto prefiero no entrar en las acusaciones infamantes y en el conjunto de las duras medidas tomadas contra el Padre Pío. Me vería obligado a hablar de dolorosas polémicas que, por lo menos en este breve perfil, es mejor evitar.

Sobra decir que los fieles del Padre Pío, indignados en grado sumo, no se quedaron

de brazos cruzados. Nuevamente hicieron recurso al activo Emanuele Brunatto, que tenía la capacidad de llegar a todas partes. Pero, en vista de los encuentros inútiles con los vértices de los ambientes eclesiásticos, recurrió de nuevo a los vértices de los organismos internacionales.

Habían preparado un «libro blanco» con una documentación que daba miedo o, para decirlo más exactamente, una documentación que podía ser un escándalo. El libro estaba destinado a los gobiernos de los Estados miembros de la ONU; convocaron una conferencia para presentarlo en el «Gran Salón» del Hotel Richemond de Ginebra. Pero cuando ya estaba todo preparado y parecía imposible dar marcha atrás, llegó la orden del Padre Pío de suspender todo: este no el camino por él deseado. Esta vez Brunatto obedeció. Su figura podrá ser discutible bajos muchos aspectos, pero en este caso su obediencia fue verdaderamente heroica. Se dio cuenta de que hizo un papel vergonzoso delante de todo el mundo diplomático y eclesiástico que había movilizadado para esa ocasión; y además tuvo que usar toda su habilidad para detener la fatigosa obra de sus manos. Pero supo respetar la voluntad del Padre Pío: la voluntad de un santo debía prevalecer sobre los cálculos humanos.

Pablo VI se encargó de anular el trabajo de monseñor Maccari y de asegurar la plena libertad al Padre Pío. Ya Juan XII, que veía al Padre Pío con cariño y que había considerado extremadamente perjudiciales las medidas tomadas con el fin de aclarar las acusaciones, repetía, en los últimos años de su vida: «¡Me engañaron sobre el Padre Pío!».

## EL ROSTRO DE SUS ENEMIGOS

El Padre Pío fue muy amado, pero sabía que tenía algunos enemigos terribles, que le odiaban a muerte. No eran los hombres, que podían haberse equivocado a causa de malas informaciones, prejuicios o incomprensiones. Jamás vio el padre a nadie como un enemigo. Los verdaderos enemigos eran los demonios; enemigos del padre y enemigos de cada uno de nosotros.

Creo que en la vida del Padre Pío se tocó de manera muy evidente una realidad en la que muchos no creen, porque actúa a escondidas. Es una realidad tremenda, que san Pablo expresó así: «Poneos las armas de Dios para poder afrontar las acechanzas del diablo, porque nuestra lucha no es contra hombres de carne y hueso, sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo de tinieblas, contra los espíritus malignos del aire» (Ef 6, 11-12). Las señales que san Pablo da de los demonios son muy precisas, porque los llama con el nombre del rango al que pertenecen. Creo que esta ha sido también una de las misiones del Padre Pío: una lucha evidente, para él visible, contra el verdadero y oculto enemigo, el terrible enemigo de todos.

Muchas veces, sobre todo en los programas de televisión, me han preguntado si he visto al diablo y cómo podría describirlo. El diablo, como todo el mundo angelical al que pertenecía, es puro espíritu; puesto que no tiene cuerpo, ni le podemos ver ni le podemos describir. Si quiere aparecer de modo sensible, tiene que valerse de una forma ficticia, que asume dependiendo de lo que quiere provocar.

Y lo mismo pasa con los ángeles. Cuando el arcángel Rafael recibió la tarea de acompañar al hijo de Tobías, asumió la apariencia de un joven vestido con ropa de viaje; santa Francisca Romana veía a su ángel de la guarda bajo la forma de un niño reluciente, y por esto se la representa con un niño al lado; otras apariciones angelicales también han asumido la imagen de un ser luminoso. Se ha tratado siempre de distintos modos adoptados para que podamos percibir su presencia, pero no tiene que ver con la realidad de su ser espiritual.

También el demonio sigue el mismo criterio. Para hacer perceptible su presencia recurre a un aspecto que corresponde a lo que quiere provocar: miedo, seducción, engaño. Hemos visto que el Padre Pío, desde la pre-adolescencia, gozó de visiones celestiales, hasta el punto que creía que era una cosa común para todos. Pero también vio demonios, casi siempre con un aspecto tan horrible que le aterrorizaban profundamente. Y durante toda su vida siguió viendo el rostro del enemigo cruel, bajo distintos aspectos, en los que siempre estaba presente su personalidad malvada, aunque la forma sensible no era la de su naturaleza real de puro espíritu.

La mayoría de las veces el padre vio a los demonios como seres horribles que le atormentaban, le pegaban incluso con cadenas y le dejaban amoratado y ensangrentado. Otras veces se presentaban como horribles animales, ruidosos y terroríficos. Es muy significativa la descripción de los ataques demoníacos que él mismo hizo a su director

espiritual cuando estaba en el convento de Venafro, donde los superiores le habían mandado en 1911 para que completase sus estudios y aprendiese elocuencia sagrada. Fue una de sus muchas estancias breves y difíciles, que terminaron con el regreso a su tierra natal, Pietrelcina. Fue en Venafro donde por primera vez se manifestó claramente el mundo interior del Padre Pío, tanto por los ataques demoníacos, como por los éxtasis que a menudo venían después, en los que el padre hablaba libremente con el Señor o con la Virgen, sin darse cuenta de la presencia de algún hermano que estaba escuchando.

El demonio aparecía a veces bajo la apariencia de un gato negro y feo, o de animales repugnantes; estaba claro que su objetivo era provocar terror. Otras veces aparecía con el aspecto de jóvenes desnudas y provocadoras, que danzaban de modo obsceno; aquí era clara la intención de tentar al joven sacerdote en la castidad.

Pero el mayor peligro era cuando el demonio quería engañar al Padre Pío apareciendo como figuras sagradas (el Señor, la Virgen, san Francisco...), o bajo la apariencia de personas que tenían alguna autoridad sobre él (el superior de la casa, el superior provincial, su director espiritual...).

En estos últimos casos el Padre Pío había aprendido una regla de discernimiento que luego pasó a algunos de sus hijos espirituales, y que ya encontramos en santa Teresa de Ávila, aunque es posible que el Padre Pío no hubiera leído los escritos de la santa carmelita. ¿Cómo se les podía distinguir?

Cuando aparecía de verdad el Señor, la Virgen o el ángel de la guarda, el padre sentía un inmediato temor, miedo; pero luego, cuando terminaba la aparición, sentía una gran paz.

En cambio, cuando era el maligno el que se presentaba bajo apariencias sagradas, el padre sentía una alegría inmediata, sentía la atracción; pero luego se le quedaba una impresión amarga, un gran sentimiento de tristeza.

Y en las almas a las que se acercaba, ¿qué es lo que veía el Padre Pío? A veces las veía claramente presas de Satanás. En algunos casos, el Padre Pío se lo decía a la persona interesada, y sólo a ella. Creo que normalmente no veía al demonio, pero lo combatía con fuerza; sabía muy bien que la acción principal del demonio, esa a la que todos sucumbimos, es la de tentarnos al mal. Muchas veces, durante las confesiones, hacía unos gestos con la mano, como para apartar algo. Tal vez rogaba al Señor que librara al penitente de las tentaciones o las malas costumbres; san Alfonso, que es maestro en esta materia, indicaba a los confesores que en ciertos casos hicieran mentalmente un pequeño exorcismo, antes de proceder a la confesión.

Creo que se puede decir con seguridad que la mayor lucha del Padre Pío con el demonio era la de arrancarle las almas, tanto durante la confesión como cuando rezaba por todos sus hijos.

En cuanto a la lucha contra las acciones extraordinarias del demonio, el Padre Pío tenía un especial poder y discernimiento, como vemos en muchos santos y santas, aunque no fuera exorcista, por lo que nunca hizo exorcismos. Muchas veces le llevaron a

personas que creían poseídas por el demonio y el comportamiento del padre era diferente de un caso a otro. Diría que tenía un especial discernimiento para entender si la persona estaba preparada o no para la liberación. Una vez, un sacerdote acompañó a un joven, sujeto por dos robustos amigos, porque en el momento de la comunión solía gritar y soltarse con fuerza. Cuando vio al Padre Pío sólo se puso a temblar; el padre le miró fijamente y dijo una sola palabra: «Vete». Desde ese momento el joven quedó libre.

Pero las liberaciones inmediatas no son frecuentes. Recuerdo a una chica que fue a comulgar acompañada porque el maligno la tenía muy alterada: apretaba los dientes, giraba la cabeza; el Padre Pío esperaba con la sagrada forma en la mano, sin decir nada, hasta que consiguió darle la comunión.

Otra vez fue don Faustino Negrini el que acompañaba a una chica, Agnese Salomoni, atacada por una posesión tremenda, «porque era la mejor niña de la parroquia», y le habían hecho un maleficio. Entonces ese sacerdote, párroco de Torbole Casaglio (Brescia), no sabía que iba a terminar su larga vida como exorcista diocesano.

El Padre Pío dio una sencilla bendición, que pareció no tener fruto. Fue el párroco quien, más tarde, llevó a cabo la liberación, para la que se necesitaron trece años de oraciones. Creo que el Padre Pío se dio cuenta de que aún no había llegado el momento de liberarla.

Otras veces el padre dio consejos a exorcistas sobre los casos que les habían confiado. Así hizo con el padre Cipriano de San Severo y el padre Candido de Roma; animó y ayudó al hermano Tarcisio de San Giovanni Rotondo, que también escribió un pequeño libro sobre este aspecto de la vida del Padre Pío.

El Padre Pío siempre obedeció a las autoridades eclesiásticas, incluso a costa de un heroico sufrimiento, y siempre las amó y estimó. La lucha de toda su vida estuvo dirigida ininterrumpidamente contra los enemigos de Dios y de las almas, los demonios.

Si los vio bajo múltiples formas y sufrió sus ataques, creo que fue para recordar su presencia al mundo incrédulo de hoy. Los hechos externos, vividos y sufridos por el Padre Pío, dan una mínima idea de los hechos ocultos, de la gravedad del pecado contra el cual todos debemos luchar.

## Y SIN EMBARGO SIGUIÓ EJERCIENDO SU MINISTERIO

A pesar de haberse desencadenado las sospechas y las disposiciones, a pesar de las acusaciones y las restricciones, el Padre Pío tampoco dejó de ejercer su ministerio, su dedicación a las almas, durante el segundo decenio de tribulaciones. Puedo asegurar, y creo que muchos comparten la misma observación, que quienes no conocían a fondo las cosas, quienes hacían breves visitas, nunca se dieron cuenta de nada. Sus jornadas se desarrollaban con el ritmo monótono y fatigoso de siempre. Las múltiples prohibiciones no influían en la afluencia de fieles, que encontraban en el Padre Pío al confesor, el padre, el educador, la persona que sabía enderezar las vidas descarriadas y devolverlas a los caminos de Dios. No se daban cuenta del sufrimiento por el que además estaba pasando continuamente.

He podido comprobar personalmente cómo, también en esta ocasión, el sentido común popular sabe darle más importancia, siguiendo las enseñanzas del Evangelio, a los buenos frutos que veía, y a ciertas disposiciones. Por mi parte seguí yendo a San Giovanni y animando a que la gente fuera. Un día me encontraba allí con Leopoldo, mi hermano mayor, abogado, uno de los pilares de los Juristas Católicos de Módena y que compartía conmigo las mismas convicciones. Por la tarde, cuando ya habían cerrado la iglesia, estábamos paseando arriba y abajo por la avenida de enfrente, cuando nos encontramos con el arzobispo de Manfredonia, el querido monseñor Cesarano. Después de los acostumbrados saludos, preguntó: «Usted, abogado, ¿qué piensa de toda esta gente que viene aquí?». La respuesta de mi hermano: «Yo, a vosotros los curas, no os entiendo. La gente no reza, no va a la iglesia, no frecuenta los sacramentos. Aquí hay alguien que atrae a las masas, las lleva a la iglesia a rezar y a frecuentar los sacramentos. Y ahora va y parece que os da rabia. En vez de dar ánimos, hacéis de todo para desanimar. Yo, a vosotros los curas, no os entiendo». No estábamos al corriente de la tormenta que también estaba soportando ese digno prelado, un convencido defensor del Padre Pío.

Los dones extraordinarios de Dios, como son las apariciones marianas o la presencia de un hombre de Dios que crea un mundo de bondad, deberían ser acogidos «con gratitud y consuelo», como afirma el Vaticano II a propósito de los carismas extraordinarios (*Lumen gentium*, 12). Pero, para ser sinceros, no sucede precisamente así. Normalmente las autoridades eclesíásticas, ante estos hechos, muestran una incredulidad y una lucha que no tiene nada que ver con la prudencia.

Podría citar infinidad de casos, pero es suficiente recordar la oposición insensata del cardenal de Lisboa en contra de las apariciones de Fátima, en 1917. Sólo en el lecho de muerte, dos años después, expresó su arrepentimiento por haberse opuesto tan violentamente contra unos hechos sobre los que no se había preocupado en informarse. Varias veces he tenido que responder en los periódicos, o en la radio y la televisión, a personas que iban a rezar a Bonate, a Garabandal, a Montichiari o a Medjugorje. Mi respuesta era siempre la misma: no conozco un sitio en el que esté prohibido rezar.

Nunca entendí las prohibiciones contra los que organizaban viajes a San Giovanni para ver al Padre Pío, donde la gente rezaba, se confesaba, escuchaba sus largas misas y sólo recibía el bien. Recuerdo el comportamiento de Pío XII. Una mañana se dio cuenta de que el cardenal-vicario estaba triste; le preguntó el motivo. «Tengo que cumplir una tarea antipática. Tengo que ir a la [abadía] de Tre Fontane y quitar todo lo que allí hace que la gente concurra en masa». El Papa: «¿Qué hace la gente cuando va allí?». El cardenal: «Rezar». El Papa: «¡Pues deja que recen!». De esta forma salvó un lugar de oración todavía hoy muy frecuentado.

También me acuerdo de lo que me contó un sacerdote alemán. Había organizado una excursión de peregrinos en autocar a Montichiari (Brescia). Su obispo le mandó una breve nota prohibiendo esta peregrinación. El sacerdote se presentó ante el obispo y le dijo: «Mire, muchos de nuestros sacerdotes organizan en verano viajes en autocar para ir a Italia a pasar unas vacaciones, en la montaña o en la playa; usted los bendice y considera que es una forma de apostolado. Yo alquilo un autocar para ir a rezar ¿y usted me lo prohíbe?». El obispo reflexionó un poco y decidió: «Id y rezad también por mí».

No he entendido nunca, y nunca entenderé, la lucha de muchas autoridades eclesiológicas, religiosas y diocesanas, en contra de la gente que iba a San Giovanni Rotondo, como si fuera un peligro para la fe. De esta forma no sólo no se han combatido los auténticos peligros de la fe, sino que se ha impedido el bien.

### ***SERVIR AL SEÑOR CON ALEGRÍA***

Los tiempos borrascosos no le hacían perder al Padre Pío el cariñoso contacto con sus hijos ni tampoco el buen humor que siempre le había gustado manifestar durante los recreos con sus hermanos, a los que ahora también se unían algunos de sus hijos espirituales más activos. Estoy seguro de que el Padre Pío amó mucho y fue muy amado. De esto se daba cuenta completamente y le daba gracias al Señor por ello.

Un día, mientras estaba en San Giovanni, un amigo muy práctico me enseñó algo que no había hecho nunca. Al terminar la confesión, le pregunté al Padre Pío: «¿Puedo darle un beso?». Y él: «¡Nooo!». No había terminado de decir su “no”, cuando ya le había estampado un beso en la mejilla derecha y otro en la izquierda; en otra ocasión mi caradura me llevó a darle un tirón de la barba. Él se reía contento, aunque refunfuñaba: «Ahora estos también quieren un beso...».

Y vayamos ahora con los recreos que el Padre Pío animaba, incluso en los tiempos más duros, con la única preocupación de no hacerles pesar a los demás su cruz y que estuvieran alegres en esos momentos de distracción. El Padre Pío era un verdadero artista contando chistes, o consolando a quien pasaba por un triste momento. Recuerdo que una vez un hermano, que estaba tan contento en San Giovanni, recibió la orden de cambiarse a otro convento. Esa tarde, cuando llegó al recreo, estaba muy decaído.

El Padre Pío, imitando cómicamente la voz y los gestos del padre provincial, se puso a echarle un sermón: «Hijo, es por tu bien por lo que te pido que dejes este convento y te dediques a un nuevo ministerio...». Todos se rieron y ni el pobre fraile pudo mantenerse

serio.

Algunos chistes del Padre Pío se hicieron famosos. Él sabía contarlos tan bien, acompañándolos con la mímica típica de la gente del sur, que aunque uno se los hubiera oído contar diez veces, se reía como si fueran nuevos. Por ejemplo, este: «En un convento de frailes había un frailecillo muy bueno, aunque tenía un grave defecto: bebía; y cuando había bebido mucho, no era consciente de los despropósitos que decía ni de los desastres que organizaba. El padre guardián le había regañado muchas veces en público y en privado, le había mandado arrodillarse en el refectorio y en medio del coro, delante de todos. Él hacía promesas, se golpeaba el pecho, hacía grandes propósitos, pero luego... Un día se dio cuenta de que estaba solo frente a la bodega. Miró bien a un lado y al otro: no había nadie. Entró y cuando, sentado en un barril, se estaba bebiendo con satisfacción una frasca de vino (y el Padre Pío hacía el gesto de quién está empujando el codo), sintió cómo dos manazas le agarraban por los hombros. El frailecillo empezó a temblar de la cabeza a los pies. Se dio media vuelta y se quedó horrorizado. ¡Era el diablo! El pobrecillo se puso a temblar aún más. Apenas tuvo fuerzas para decir, con un hilo de voz: ¡Menos mal! ¡Temía que fuera el padre guardián!».

Uno no terminaría nunca de contarlos, pero lo dejó aquí para evitar que me pase lo que me pasó una vez, después de hablar del Padre Pío a un grupo de chavales. La verdad es que había exagerado; el hecho es que cuando le pregunté a uno de ellos si había entendido quién era el Padre Pío, me contestó: «Sí. Era un fraile que contaba chistes».

Este también era un aspecto, si bien secundario, del carácter del Padre Pío, que desmiente la impresión que algunos tienen de que era un cascarrabias. Es verdad que su concentración cuando rezaba era tanta que muchas veces mostraba, incluso en las fotos, una seriedad que rayaba con la severidad. Pero esa era una impresión superficial.

### ***UN POBRE FRAILE QUE REZA***

Se hizo famosa esta autodefinition suya, que refleja el aspecto más profundo de la vida del Padre Pío: su incesante oración. Jesús nos exhorta a orar siempre, sin desfallecer (Lc 18, 1) y san Pablo nos repite que oremos sin cesar (1 Tes 5, 17). En definitiva, si seguimos la enseñanza de los santos y los maestros espirituales, nos esforzamos en transformar en oración todas las acciones del día, sabiendo que ello es posible sólo si le dedicamos a la oración un tiempo exclusivo.

Para el Padre Pío no era así. Ante todo dormía y comía muy poco. Sin embargo, hemos visto cómo, desde pequeño, se había acostumbrado a una oración intensa que se había convertido para él en una necesidad constante. Él utilizaba el tiempo de un modo que para nosotros sería imposible; más de una vez confesó que era capaz de hacer tres cosas a la vez. Por supuesto, una de ellas era la oración constante.

Quienes vivieron con él lo recuerdan sobre todo en actitud orante: en el coro de la iglesia vieja, o en la sacristía, o en la tribuna de la iglesia nueva, o en su celda, o sentado en el jardín...

Le gustaba repetir: «En los libros buscamos a Dios, en la oración lo encontramos». Y, sin embargo, su oración también era una alternancia de sentimientos contrastantes; desde luego no era un descanso. «Rezo aunque no venga ningún rayo del cielo»; eran esos momentos tan frecuentes de oscuridad interior, cuando rezar parecía que no servía para nada. En compensación, otras veces, en cuanto se ponía a rezar, se sentía invadido por un vivo amor hacia el Señor que le enardecía. Solía estar tan unido a Dios que a veces parecía distraído, con la mirada fija en otro lugar, aunque estuviera hablando con alguien.

Y, sin embargo, estaba muy atento, aunque no lo pareciera, y contestaba adecuadamente; pero, a veces, uno se sentía decepcionado porque, en medio de los demás, tenía la impresión de no ser reconocido.

Recuerdo a un amigo mío que pasaba largos períodos en San Giovanni y que tuvo que estar algunos años en el extranjero. A su regreso se acercó con otras personas al padre, para besarle la mano o para recibir su bendición. Parecía que no se había dado cuenta de su presencia, así que le pidió a un amigo que le preguntara al padre: «¿Está contento de que haya vuelto Agostino?». Y el Padre Pío: «¿Estoy ciego o qué? Está aquí desde hace tres días ». Le había visto perfectamente.

En un caso parecido, un hijo espiritual que llevaba muchos años sin ir a San Giovanni, tuvo la impresión de que el padre no le había reconocido, así que le preguntó, al final de la confesión: «Padre, ¿me acepta como hijo espiritual?». Y el Padre Pío: «¿Por qué? ¿Hasta ahora de quién has sido hijo?». Le había reconocido muy bien. Creo que prefería rezar por sus hijos más que hablar con ellos, si no era necesario. Y, por supuesto, como él mismo confesó, rezaba mucho más por los demás que por sí mismo. Y también es verdad que, durante sus continuas oraciones, recibía el don de las apariciones celestiales, sobre todo después de las luchas cotidianas con el demonio. Las apariciones más frecuentes eran las de Jesús, María Santísima y el ángel de la guarda.

Sus tiernas oraciones a María merecerían un capítulo aparte, como toda su devoción mariana. Las cuentas del rosario, al que le gustaba llamar su arma, se deslizaban casi incesantemente entre sus dedos. Escribió que rezaba por lo menos cinco vueltas enteras al día; y esto significa, en cuanto al tiempo empleado, cinco horas diarias de rosario. Pero rezaba muchas más; y esto sólo se puede comprender si tenemos presente que el tiempo para el Padre Pío era diferente al nuestro; aparte de porque dormía muy poco, también por su capacidad de hacer varias cosas a la vez.

El Padre Pío sufrió sensible y visiblemente los dolores de la Pasión de Cristo; pero también sentía en el alma los dolores de María, que consideraba justamente la mayor mártir, la verdadera Reina de los mártires.

Creo que puedo afirmar que el Padre Pío, con una cierta nostalgia por los siete años de absoluta oración en Pietrelcina, cuanto más mayor se hacía, más sentía la necesidad de rezar, precisamente para poder desempeñar su «gran misión». Ya durante este segundo decenio de tribulaciones, el tiempo que dedicaba a las confesiones se había reducido bastante. Quedaba lejos la época en la que confesaba dieciséis horas al día.

Recuerdo que un año en particular tuve la impresión de que el Padre Pío tuviese poca resistencia en las confesiones. Le confié mis dudas al padre Michelangelo, que me explicó que el motivo era otro. Él mismo, un día, le había dicho al padre: «Padre Pío, ¿no podrías dedicar un poco más de tiempo a la confesión? Aquí hay gente que viene de muy lejos, incluso del extranjero, y de esta forma se ven obligados a quedarse varios días para poder confesarse». El Padre Pío le contestó: «Querido padre Michelangelo, ¿qué te crees, que la gente viene aquí por el Padre Pío? La gente viene aquí para oír una palabra del Señor. Y si yo no rezo, ¿qué le doy a la gente?». Me parece que está claro que el padre, cuanto más pasaba el tiempo, más sentía la necesidad de rezar por quienes iban a verle.

«Es un hombre hecho oración», me dijo alguien que conocía bien al Padre Pío. Realmente la oración era el aire que respiraba, su apoyo; por medio de ella vivía en unión constante con Dios, hiciera lo que estuviera haciendo; no era sólo una unión de gracia, sino de verdadera presencia, de diálogo. La necesidad de la oración le venía también de su constante sentido de indignidad; sentía que era un gran pecador, también porque era lógicamente consciente de su fragilidad, común en todos los hombres en esta vida; por eso siempre tenía miedo, más bien terror, de caer en pecado, de ofender al Señor, de no ser digno de lo que estaba haciendo (sobre todo cuando se disponía a decir misa).

Con estos sentimientos fue siempre un gran mendicante de oraciones; se las pedía a todos. Yo me di cuenta, y nunca se me olvidaba hacerlo, de que si quería ver como se iluminaba de alegría, sólo tenía que decirle: «Padre, rezo por usted». Me lo agradecía efusivamente; como si quisiera decirme: «¡Por fin alguien que me entiende!».

Sentía muy fuerte el estímulo de la oración, porque además tenía una clara preocupación: tenía el deber de santificarse para poder santificar. Y era una preocupación que también intentaba infundir en los demás, sobre todo en los sacerdotes. Recuerdo muy bien cuando me confesé con él, poco después de haber sido ordenado sacerdote. En cuanto le confié que era un nuevo sacerdote, me dijo, con un lenguaje seguro, como uno que repite una charla para símiles ocasiones: «Recuerda que un sacerdote tiene que ser un propiciador. ¡Pobre de él si necesita ser propiciado! Recuérdalo bien». Unas sencillas palabras que dejaban claro cuál era la responsabilidad del sacerdote y cómo debía de tener cuidado consigo mismo para poder cumplir con su deber.

## ***LA VIRGEN DE FÁTIMA***

Fue un día estupendo cuando, el 5 de agosto de 1959, la estatua de la Virgen de Fátima llegó en helicóptero al convento. Aquí me perdonaréis si me extiendo un poco, ya que viví el episodio en primera persona. Yo cuento los hechos como se desarrollaron desde el punto de vista humano; pero tenía totalmente razón el padre cuando afirmó: «La Virgen vino porque quería curar al Padre Pío».

El hecho de que el Señor use métodos humanos para llevar a cabo sus planes nos tiene que llevar a atribuir a Dios lo que es obra de Dios; pero es legítimo que el instrumento humano dé testimonio de lo que ha vivido, aunque sepa muy bien que se trata de cosas que son más grandes que él. No sé por qué el Señor se sirvió de mí para ciertas obras de gran importancia; no es mérito mío, pero narraré los hechos. Si yo no hubiera ido a pedirle al cardenal Lercaro, cuando le llevé los correspondientes documentos, que patrocinara en la Conferencia Episcopal Italiana la consagración de Italia al Inmaculado Corazón de María, esta consagración no se habría llevado a cabo. No sé por qué el Señor se sirvió de mí para hacer llegar a la Virgen de Fátima hasta el Padre Pío. Como tampoco sé por qué el Señor se está sirviendo de mí para restablecer en la Iglesia el exorcitado, casi abandonado desde hace tres siglos. Los hechos son los siguientes. Yo era secretario del comité para preparar la consagración de Italia al Inmaculado Corazón de María, fijada para el 13 de septiembre de 1959 en Catania, donde tendría lugar el Congreso Eucarístico Nacional. Me encontraba en una situación muy privilegiada. Habíamos decidido, para preparar a los italianos para este acontecimiento en el poco tiempo disponible, organizar una gran *Peregrinatio Mariae*. La estatua de la Virgen, enviada desde Fátima, fue llevada en helicóptero a todas las capitales de provincia. Monseñor Strazzacappa, junto a mi secretario del comité, había trazado de golpe (se había sentido casi inspirado) el itinerario. Tengo todavía delante de mí la hoja de papel que mandamos enseguida a todos los obispos y que fue acogido con gratitud por todos sin poner objeciones. El tiempo corría y había que aprovechar todos los días, desde finales de abril hasta septiembre, sin tener en cuenta los domingos ni los días festivos o las vacaciones de verano.

Se me ocurrió una idea: ¿y si hiciéramos una excepción e incluyéramos en el itinerario una parada en San Giovanni Rotondo? Miré el calendario y me fijé en un detalle. Transcribo los primeros días de agosto, tal como fueron programados y luego realizados: el 1, L'Aquila; el 2, Chieti; el 3, Pescara; el 4, Campobasso; el 5, Foggia; el 6, y el 7, Benevento; el 8, Caserta; el 9, Avellino...

¿Cómo es que monseñor Strazzacappa (al que le gustaba reírse de su nombre: manto desgarrado) había asignado dos días a Benevento? ¿No se podía dejar un día para el Padre Pío, como regalo de su provincia natal? Esto es lo que le escribí al obispo de Benevento, sin especificar el motivo, diciendo sólo que quería tratar a todos de la misma manera. El obispo me contestó enseguida que no tenía ningún problema en renunciar a ese día de más, cosa que a él también le había sorprendido. Así quedó fijado el día para el Padre Pío: del 5 de agosto por la noche, proveniente de Foggia, al 6 de agosto por la noche, para ir a Benevento.

Escribí a los capuchinos, para saber qué opinaban y para que avisaran al arzobispo de Manfredonia. El querido padre Mariano me contestó entusiasmado, por él y por los hermanos. Quien sin embargo tuvo problemas fue precisamente el arzobispo. El día 15 de abril (ya estábamos en 1959) me escribió diciendo que no consideraba oportuno que en un itinerario tan solemne, en el que las únicas paradas programadas eran las capitales de provincia, se hiciera una excepción con San Giovanni Rotondo; tendría que haberlo

preguntado al Santo Oficio... Yo no sabía nada de ese «decenio de tribulaciones», en el que monseñor Cesarano estuvo implicado. Pensé en recurrir otra vez a la intercesión del cardenal Lercaro; los capuchinos estaban de acuerdo conmigo. Y el arzobispo de Manfredonia me escribió de nuevo, el 4 de mayo, para decirme que ante un príncipe de la Iglesia, nombrado además por la CEI presidente de la comisión organizadora con plenos poderes, ya no había ningún problema y además se sentía libre de toda responsabilidad.

Y así el helicóptero con la Virgen de Fátima aterrizó, la tarde del 5 de agosto, delante del convento del Padre Pío.

Precisamente el 25 de abril, cuando dio comienzo en Nápoles la gran peregrinación mariana, el Padre Pío había enfermado de pleuresía exudativa, y desde el 5 de mayo ya no estaba en condiciones ni de decir misa.

La mañana del 6 de agosto, haciendo un gran esfuerzo, el Padre Pío bajó para honrar la estatua de la Virgen; es muy famosa la foto en la que se ve al padre, ayudado por un hermano, depositando un rosario en las manos de la Virgen. El día 6 por la tarde el padre siguió la salida del helicóptero desde la ventana del coro.

Suplicó «Virgen, Virgen mía, has venido a Italia y me he puesto enfermo; ¿ahora te vas y me dejas enfermo?». En ese instante sintió como un escalofrío y dijo a los hermanos: «Estoy curado». Se sintió sano y fuerte como jamás en la vida.

## UN LENTO DECLIVE

Podemos fijar en 1962 el final del segundo «decenio de tribulaciones», aunque se terminó en realidad en 1964; pero también desde esa fecha empieza el declive físico del padre. Si durante el primer horrible decenio tuvo que sufrir restricciones personales, como la prohibición de decir misa en público y confesar, en el segundo decenio sufrió por sospechas y controles más sutiles, de los que fueron una muestra los micrófonos y la prohibición de interesarse por los asuntos de su queridísima Casa Sollievo della Sofferenza.

Fue muy dura la visita canónica de monseñor Maccari, sobre la que puedo contar un detalle que me llegó de una fuente segura: en el Vaticano se dieron perfectamente cuenta del fracaso y de la manera negativa de llevar esa visita, y se preocuparon de salvar el tipo. ¿De qué modo? Para dar la impresión de que todo se había realizado de modo encomiable, nombraron obispo a monseñor Maccari...

Pero es mejor volver al Padre Pío. En 1960, a causa del continuo debilitamiento de su vista, le dieron permiso para que sustituyera el rezo de las Horas canónicas por el rezo del rosario. Para él, que era anciano y estaba acostumbrado a celebrar con los textos que conocía de memoria, era un esfuerzo enorme verse obligado a decir misa en italiano, pues tenía que aprenderse todo desde el principio. Son muchas las personalidades competentes de la Iglesia que consideran que la radical ruptura de la Iglesia con el pasado fue un error, aunque aprueben totalmente los cambios litúrgicos. De todas formas, al padre se le permitió que celebrara en latín; aunque, a partir de 1965, los problemas de salud le impidieron decir misa.

Desde noviembre de 1966, el padre se vio obligado a celebrar sentado. Recuerdo la pena que me dio cuando le vi celebrar así. Sus misas, cuya duración era mucho más breve por su evidente cansancio, desde que se vio obligado a usar una silla parece que ya no eran como las de antes. Sin embargo, el sufrimiento de su rostro, cada vez más reconocible por la menor fuerza para poderlo esconder, seguía reviviendo la Pasión de modo evidente. Todos se daban perfectamente cuenta de la realidad: el declive físico era evidente. Nadie se sorprendió cuando se supo lo que afirmó con precisión, hablando con una sobrina suya: «Dentro de dos años ya no estaré aquí porque habré muerto».

Las que no cesaron jamás fueron sus luchas con Satanás, el «gigante» visto en la adolescencia y contra el que siempre combatió y al que siempre venció a pesar de sufrir las heridas de estos combates. El 6 de julio de 1964 se oyó un fuerte golpe que venía de su celda; los frailes que acudieron encontraron al Padre Pío en el suelo, herido en el arco superciliar; fue necesario curar y suturar la herida con puntos. El demonio le había golpeado la cabeza contra el suelo; es muy famosa la foto del Padre Pío con el rostro tumefacto por este motivo.

Tampoco tuvo en el pasado el Padre Pío miedo a la muerte; en algunas ocasiones la esperó como una liberación. Al final llegó el día que aguardaban todos los hijos espirituales del padre: el 20 de septiembre de 1968, 50 aniversario de su estigmatización.

Era un viernes. Él no quería ninguna solemnidad, como le habían pedido. Pero sus hijos habían llegado de todo el mundo y esos días la iglesia estaba siempre abarrotada: habían organizado un congreso internacional con los 740 grupos de oración. El 21 de septiembre el padre no se encontró en condiciones de celebrar.

Llegó la mañana del 22 de septiembre. Para ese domingo la iglesia estaba vestida de fiesta. A la hora acostumbrada, las 5, el Padre Pío bajó a celebrar su última misa. Se veía que estaba agotado, que le faltaba el aliento, que se iba a morir; pero a su lado, el superior insistía con tozudez para que cantara misa.

Llegó hasta el final como mejor pudo. Cuando dijo en lágrimas: «La misa ha terminado, podéis ir en paz», los fieles prorrumpieron en un estruendoso aplauso, que parecía que no se acababa nunca. Se tambaleó y le tuvieron que sentar en la silla de ruedas.

Después de dar gracias, pidió que le acompañaran al confesionario de las mujeres. ¿Quería morir al pie del cañón? Luego quiso dar lo que él llamó «el último saludo a sus hijos», a las diez y media, desde la ventana del coro.

Por la tarde, con alegre sorpresa para todos, se dejó ver una vez más, rezando en el lugar habitual, la tribuna de la gran iglesia. Aún pudo saludar a la multitud desde la ventana de la celda nº 1, la que dejan visitar a los peregrinos. Fue su última aparición.

Había dicho varias veces: cuando me presente ante el Señor, espero que me acompañen dos madres: María Santísima y mi madre. Pues bien, mientras miraba el cuadro que tenía frente a él con la foto de su madre, le dijo al fraile que le estaba cuidando: «Veo a dos madres». Y a la objeción del hermano, de que esa era la foto de su madre, insistió: «Veo muy bien: estoy viendo a dos madres».

Nada más dar las doce de la noche, cuando ya se podía proceder a la celebración eucarística del nuevo día, le pidió al padre Pellegrino que celebrara la misa. Se confesó y renovó su profesión religiosa. Se apagó dulcemente a las dos y media del lunes, 23 de septiembre de 1968.

Las últimas piadosas tareas: se preparó el cadáver y se constató que los estigmas habían desaparecido completamente, sin dejar ninguna cicatriz; este hecho se documentó por escrito y con fotografías.

Para la ciencia siempre será un misterio cómo aparecieron estos estigmas de repente, cómo permanecieron cincuenta años y cómo desaparecieron de manera igualmente misteriosa. Se había acabado el objetivo por el que el Señor se los había dado.

El cuerpo fue enterrado en la cripta, donde todavía se encuentra, y que había sido bendecida el 22 por la mañana, sin que nada hiciera presagiar su inmediato empleo.

## MÁS VIVO QUE NUNCA

Cuando empezaron a construirse las primeras pensiones y los primeros hoteles a los lados de la avenida que lleva al convento, no faltaron las críticas de quienes afirmaban: «¿Para qué servirán? Cuando muera el Padre Pío, aquí también morirá todo». Pues ha pasado exactamente todo lo contrario: cuando murió el Padre Pío hubo un desarrollo nuevo, grandioso, imprevisible. Se multiplicaron las casas, las pensiones, los hoteles; muchos institutos religiosos quisieron construir allí una casa. Quienes van hoy a San Giovanni ya no se orientan a causa del gran conjunto de construcciones que se han levantado, respecto a lo que era en el pasado.

También la Casa Sollievo della Sofferenza siguió progresando. Cumple un servicio providencial y es testimonio no sólo del amor del Padre Pío por los enfermos, sino también de la intuición del Padre Pío en cuanto a su ubicación. Parecía imposible poder construir en esa colina agreste y además parecía totalmente inoportuno elegir un lugar tan aislado y tan incómodo para llegar. Hoy la distancia ya no es un problema, y el lugar resulta adecuado.

Pero lo que más impresiona es la afluencia masiva de peregrinos a lo largo de todo el año. Jamás se vio tanta concurrencia cuando el Padre Pío estaba vivo, como ahora, después de la muerte. ¿Qué es lo que les atrae tanto? No hay ninguna duda: la presencia de un santo, cuyos restos se honran y al que se dirigen con fe.

Todavía hoy sigue yendo la gente a San Giovanni para rezar, para confesarse, para asistir a misa, para recibir la comunión, para adorar a Jesús en el sagrario. La presencia del Padre Pío se siente más viva que nunca por las gracias que sigue concediendo, más que antes, especialmente en el campo espiritual: acuden a él para convertirse, para cambiar de vida, o para recibir un nuevo impulso en el campo espiritual.

Muchos también obtienen gracias temporales: curaciones, soluciones de problemas que parecían insolubles, ayudas materiales como encontrar un trabajo o el alma gemela con la que fundar una familia.

La presencia del Padre Pío se deja sentir a veces también de manera palpable, y de muchas formas. Hay quienes sueñan con él, y las palabras que oyen en sueños se hacen realidad. Hay quienes sienten una percepción interior, mediante la cual se aclara una duda, o cesa una angustia. Pero hay algo que ya existía cuando estaba vivo y de lo que aún no he hablado: su perfume. Nunca he querido ver cosas extraordinarias cuando iba a visitar al Padre Pío; para mí era suficiente observar su vida, cómo pasaba sus días, para tener la certeza de que era un hombre de Dios. Cuando me hablaban del perfume del Padre Pío, me lo creía (eran muchos los que me lo decían, y eran personas en las que se podía confiar totalmente), pero nunca tuve la necesidad de sentirlo. Y, sin embargo, este perfume me llegó en varias ocasiones, fuerte, inconfundible: en la iglesia, por la calle, en la casa donde me alojaba. No podía negarme a la evidencia.

Pues bien, todavía hoy son muchos los que sienten ese perfume. Es un signo de su presencia y de su protección. Son tantos los testimonios que no tiene sentido dudar de ellos.

No puedo dejar de mencionar un hecho personal. Desde que soy exorcista, recurro siempre a la ayuda del Padre Pío, que tanto tuvo que combatir durante toda la vida contra el demonio y siempre lo venció. Y tengo que decir que el Padre Pío me ayuda realmente. Por mi parte no le he vuelto a ver, ni siquiera en sueños; no he vuelto a sentir su perfume, ni he tenido ninguna señal perceptible de su presencia. Pero muchas veces es el demonio, por medio de la persona poseída, la que ve al Padre Pío y grita: «¡Ese fraile, no! ¡A ese fraile no lo quiero! ¡Echad a ese fraile!».

He tenido muchos casos de personas que no habían pensado jamás en el Padre Pío, pero que recurrían a mi ministerio de exorcista; y luego, o en sueños, o al sentir el perfume, se daban cuenta de que el Padre Pío les estaba ayudando por su propia iniciativa, porque ellos nunca se habían dirigido a él.

He vuelto varias veces a San Giovanni Rotondo. La última vez elegí un día de diciembre, pensando que era una época muerta, con poca afluencia de fieles. En cambio, había un montón de autocares, muchos coches. Había muchísima gente. Sólo diré esto: la misa de doce se celebraba contemporáneamente en tres sitios: en la vieja iglesia, en la iglesia nueva y en la cripta en la que se conservan los restos del padre. Y, sin embargo, la gente se aglomeraba fuera de la iglesia, porque dentro ya no había sitio. Comprendí la necesidad de construir una nueva iglesia grande y pensé en las críticas de quienes, cuando estaban construyendo la iglesia que encierra la pequeña iglesia antigua, hablaban de dimensiones exageradas, decían que no era necesario que fuera tan grande. Hoy, evidentemente, los superiores capuchinos ya no prohíben a sus frailes que vayan a San Giovanni Rotondo, y los obispos ya no miran mal a los sacerdotes que organizan las peregrinaciones. Los santos hacen temblar cuando están vivos; muertos ya no molestan a nadie, aunque la realidad es distinta: su vida es siempre un ejemplo para seguir y una severa admonición a quienes no observan las leyes del Señor.

Considero al Padre Pío el más grande santo de nuestro siglo. Lo deduzco por su influencia mundial, aunque provenga de un rincón apartado del Gargano. Y lo deduzco también por un hecho que me ha marcado. El Señor me ha concedido la gracia, durante mi larga vida, de conocer a muchas personas santas, algunas de las cuales han sido presentadas para su beatificación.

Todas las personas con fama de santidad que he tenido la suerte de conocer, vivas y muertas, estuvieron en contacto con el Padre Pío: o por la vía ordinaria, cuando fueron a San Giovanni Rotondo, o por vías extraordinarias, cuando el padre se encontró con ellas por medio de la bilocación o de otra manera.

Antes de pasar al último asunto, la canonización, permitidme que deje una pregunta abierta, a la que no he conseguido darle una respuesta satisfactoria, acerca de la relación entre el Padre Pío y Juan Pablo II. Que el actual pontífice demostró gran admiración por el fraile estigmatizado es bien sabido. Lo sabemos por sus viajes a San Giovanni Rotondo, por lo que escribió cuando era cardenal, por el discurso pronunciado durante su visita a San Giovanni. Lo que no sabemos es si el Padre Pío realmente le profetizó al joven recién ordenado sacerdote: «Serás papa; veo violencia y sangre sobre ti». He indagado inútilmente sobre este episodio. Creo que el único que podría despejar esta

duda sería el protagonista.

En cambio, sí es cierto que el Padre Pío profetizó el pontificado a Pablo VI. Cuando monseñor Montini era Sustituto en la Secretaría de Estado, el Padre Pío le dijo a Angelo Battisti: «Dile que se prepare para ser papa». El mensaje fue transmitido inmediatamente por el diligente hijo espiritual del Padre Pío, que trabajaba en la Secretaría de Estado y era muy amigo del interesado. Nada más cumplirse el hecho, Battisti corrió a ver al nuevo pontífice mientras salía de la Capilla Sixtina. Se miraron un buen rato, sin decir una palabra, pero se entendieron perfectamente.

### ***EL PROCESO CANÓNICO***

Esta vez no hablamos de un proceso disciplinario: el Padre Pío fue condenado, pero jamás fue procesado. Ahora hablamos del proceso de canonización, lento y atribulado, como era previsible. Hago una observación. La *vox populi* no espera las declaraciones oficiales, sino que se pronuncia enseguida. Es más, en estos casos, las declaraciones oficiales dependen en parte precisamente de la *vox populi*, es decir, de la fama de santidad; es un requisito indispensable para que se pueda abrir y llevar adelante el proceso. El proceso canónico lleva sus procedimientos, relacionados con muchos casos humanos, incluso contingentes, de pura oportunidad. En cambio, la *vox populi* se manifiesta con total espontaneidad: la gente empezó a ir enseguida de peregrinación a la tumba del Padre Pío, para invocar su intercesión, ha levantado 118 monumentos que lo reproducen, le ha puesto su nombre a calles y plazas. No le interesa esperar el veredicto eclesiástico, que solo influirá para permitir el culto público. Pero no aumentará el culto privado, porque ya ha alcanzado su máximo nivel.

Una causa de canonización sigue varias fases procesales. El primer paso es el de nombrar a un postulador que presente la causa en la diócesis a la que pertenecía la persona. Cuando se trata de un religioso, es su familia religiosa la que se ocupa del procedimiento. Por eso fue el padre Bernardino de Siena el que mandó la petición al arzobispo de Manfredonia, en 1969.

Una vez acogida la solicitud, procedieron a examinar los escritos, a interrogar a los testigos y a recoger todo el material necesario. Cuando terminaron con todo lo correspondiente a la diócesis, el arzobispo de Manfredonia entregó toda la documentación a la Congregación para las Causas de los Santos, en 1980.

Después de un primer análisis positivo, el Santo Padre firmó el decreto para presentar el proceso cognitivo sobre la vida y las virtudes del siervo de Dios, el Padre Pío de Pietrelcina. Esto ocurrió en 1982.

Entonces, cada postulador tiene que preparar un volumen, llamado *positio* (posición o situación), para someterlo a la correspondiente comisión. Dicho volumen contiene la vida del Siervo de Dios y la prueba de que ha practicado las virtudes cristianas de modo heroico, y en el mismo también se responde a los posibles motivos de duda o de impugnación. Para la *positio* del Padre Pío se necesitaron seis volúmenes.

Su existencia presentaba muchas dificultades, incluso para las personas competentes implicadas en muchos de los episodios alegres y tristes de su vida, y era necesario

aclarar bien las posturas y los comportamientos de cada una de ellas, sobre todo ante las reacciones del padre en distintas situaciones.

Se llegó a este punto y a obtener el visto bueno de la comisión cardenalicia en el verano de 1997.

Por fin las conclusiones de todo el proceso se pudieron someter al Santo Padre, que el 18 de diciembre de 1997 promulgó el decreto con el que se reconocía que el Padre Pío había vivido heroicamente las virtudes cristianas y así fue proclamado «venerable». Además, se afirmaba la naturaleza sobrenatural de sus estigmas. Quedaban los dos últimos pasos: después del reconocimiento de un milagro, el Papa proclamó «beato» al venerable. Después del reconocimiento de un segundo milagro, lo proclamó «santo».

El Padre Pío hizo muchos milagros. Pero hay que tener presente que, para los fines de la causa, sólo se pueden presentar los milagros realizados después de la muerte, y la presentación se puede hacer solamente después de la firma del decreto por el que un siervo de Dios es declarado venerable.

Sé que para el Padre Pío ya hay varios milagros documentados, realizados por intercesión suya después de su muerte. Pero sólo ahora, después de la firma del decreto pontificio, se pueden someter al severo examen de autenticidad requerido, para poder ser declarados hechos milagrosos, atribuibles a la intercesión del padre estigmatizado.

Así queda explicada la lentitud y la prudencia empleada en estos procesos que, repetimos, no obstaculizan para nada el culto popular privado, ampliamente extendido en todo el mundo. Un culto que ahora se ha convertido en público.

## A MANERA DE APÉNDICE

Cuando empecé a redactar esta breve biografía del Beato Padre Pío y, más concretamente, cuando escribía las consideraciones que cierran el último capítulo, no podía imaginarme que a distancia de sólo cinco años habría tenido que añadir un pequeño apéndice.

Porque, en efecto, la documentación de los milagros demostrados después de la firma del decreto que proclamaba la heroicidad de las virtudes del Padre Pío, y que, por tanto, lo reconocía «venerable», permitió que se procediera a su beatificación.

El 2 de mayo de 1999, durante una celebración en la plaza de San Pedro, el Papa Juan Pablo II incluyó al padre de Pietrelcina en el libro de los beatos.

Ni yo ni los muchísimos devotos presentes en la plaza de San Pedro, así como en Pietrelcina y San Giovanni Rotondo, habríamos podido imaginar ese día que el padre sería canonizado el 16 de junio de 2002. Pero, evidentemente, como nos recuerda la Sagrada Escritura, los caminos del Señor no son los nuestros...

## **FECHAS PRINCIPALES DE LA VIDA DEL PADRE PÍO**

- 1887 – 25 de mayo. El Padre Pío nace en Pietrelcina (Benevento), hijo de Grazio Forgione y Maria Giuseppa Di Nunzio. El día siguiente es bautizado en la pequeña iglesia de Santa Ana, recibiendo el nombre de Francesco.
- 1899 – 27 de septiembre. Francesco recibe la confirmación. Ese mismo año había recibido la primera comunión.
- 1903 – Es un año de importancia decisiva. En una visión, Francesco supo que pasaría toda su vida luchando contra Satanás, aunque él ganaría siempre, gracias a una especial ayuda divina. En otra visión se le predijo su «enorme misión». El 6 de enero ingresa en el noviciado de los capuchinos de Morcone (Benevento). El 22 de enero recibe el hábito capuchino y se le impone el nombre de fray Pío de Pietrelcina.
- 1910 – 10 de agosto. El Padre Pío es ordenado sacerdote en la catedral de Benevento. Hacia final de mes recibe los estigmas invisibles.
- 1915 – 10 de octubre. Revela que sufre la coronación de espinas y la flagelación desde hace años.
- 1916 – 17 de febrero. Va a Foggia para asistir a una moribunda.  
28 de julio. Va por primera vez a San Giovanni Rotondo, donde se quedará prácticamente cincuenta y dos años, es decir, hasta su muerte; se ausentó sólo cuando le llamaron para el servicio militar.
- 1918 – 5-7 de agosto. Recibe la transfijión del corazón, que le seguirá sangrando toda su vida.  
Viernes 20 de septiembre. Recibe los estigmas.
- 1923-1933 – El primer decenio de tribulaciones.
- 1923 – Rumores de traslado del padre de San Giovanni Rotondo. Violenta oposición popular. Prohibición de celebrar en público durante algunos días.
- 1924 – 24 de julio. El Santo Oficio exhorta a los fieles a que no vayan a visitar al Padre Pío ni le escriban cartas.
- 1931 – 9 de junio. Le comunican al Padre Pío la prohibición de decir misa en público; podrá celebrar en privado, dentro del convento. Se le prohíbe confesar.
- 1933 – 16 de julio. El padre puede decir misa de nuevo en público.
- 1934 – 25 de marzo. De nuevo puede confesar a los hombres.  
12 de mayo, puede confesar de nuevo a las mujeres. Después de tres años.
- 1935 – El 25 aniversario del sacerdocio del Padre Pío se celebra sin ninguna solemnidad. Lo habían prohibido.
- 1940 – 9 de enero. Decide construir la Casa Sollievo della Sofferenza.
- 1947 – Empiezan las obras para la construcción de la Casa.
- 1950 – La gran afluencia de peregrinos obliga a usar el sistema de reservas para organizar los turnos en el confesionario.
- 1952-1962 – El segundo decenio de tribulaciones.

- 1952 – 11 de marzo y 8 de abril. El Santo Oficio denuncia hechos inconvenientes en San Giovanni Rotondo.  
 30 de julio. El Santo Oficio prohíbe ocho libros sobre el Padre Pío; prohibición a los frailes de divulgar los escritos sobre el Padre Pío y organizar peregrinaciones.
- 1954 – Prohibición al padre de ocuparse de los problemas surgidos entre los miembros de la Casa Sollievo della Sofferenza.
- 1955-1958 – Quiebra del banquero Giuffré, al que los capuchinos habían confiado cantidades ingentes de capital, que de esta forma se esfumaron.
- 1958 – El Padre Pío sometido a control, espiado, hasta llegar a ponerle micrófonos en el locutorio.
- 1959 – 1 de julio. Inauguración de la nueva Iglesia.  
 5-6 de agosto. Visita de la estatua de la Virgen de Fátima.
- 1960 – Prohíben al Padre Pío recibir a mujeres fuera del confesionario.  
 Desastrosa visita apostólica de monseñor Maccari.  
 10 de agosto. El padre celebra el 50 aniversario del sacerdocio; gracias a la afluencia masiva de hijos espirituales y autoridades, la celebración resultó muy solemne.
- 1968 – 29 de marzo. El Padre Pío se ve obligado a usar silla de ruedas.  
 20 de septiembre. 50 aniversario de los estigmas. Llegan de todo el mundo sus hijos espirituales para celebrar este aniversario; Congreso internacional de los 740 Grupos de Oración.  
 22 de septiembre, 5 de la mañana. El padre celebra su última misa.  
 23 de septiembre, 2:30 de la madrugada. El padre se apaga serenamente.
- 1969 – El postulador de los capuchinos envía la petición para que se abra el proceso de canonización.
- 1980 – 3 de marzo. El arzobispo de Manfredonia entrega los últimos documentos para el inicio de la causa de beatificación.
- 1982 – El Santo Padre firma el decreto para presentar el proceso, que se abre oficialmente en San Giovanni Rotondo el 3 de marzo de 1983.
- 1997 – El 18 de diciembre el Santo Padre proclama el decreto que reconoce las heroicidades de las virtudes del Padre Pío. Desde ese momento es «venerable».
- 1999 – El 2 de mayo, en la plaza de San Pedro, Juan Pablo II beatifica al Padre Pío.
- 2002 – El 16 de junio el Papa proclama santo al Padre Pío.

*ESTE LIBRO SE PUBLICÓ  
 EN MADRID EL 7 DE MARZO DE 2019, FESTIVIDAD DE  
 SANTAS FELICIDAD  
 Y PERPETUA*

# Índice

Presentación	4
Ya era distinto	5
Fraile franciscano	9
Meta final: San Giovanni Rotondo	13
Los estigmas	16
De todo el mundo	22
A quien perdonar los pecados	26
La misa del Padre Pío	33
Una inmensa familia	36
El primer decenio de tribulaciones. 1923-1933	40
Una casa para los que sufren	44
El segundo decenio de tribulaciones. 1952-1962	48
El rostro de sus enemigos	52
Y sin embargo siguió ejerciendo su ministerio	55
Un lento declive	62
Más vivo que nunca	64
A manera de apéndice	68
Fechas principales de la vida del Padre Pío	69